

EL PRECIO DE LOS SUEÑOS

EL PRECIO DE LOS SUEÑOS
(Drama en dos partes, divididos en dos cuadros cada uno)

Personajes

ELISA

AMALIA

ANDREA, criada.

PABLO

MATILDE

MANOLO

RICARDO

GREGORIO

Época actual. La acción, en una capital de provincia.

Esta obra se estrenó en el Teatro Arniches, de Madrid, el 22 de marzo de 1966, dirigida por Diego Serrano.

PRIMERA PARTE

CUADRO PRIMERO

Estamos en un cuarto de estar. Uno de esos cuartos donde pasan despacio las horas esos seres provincianos que no son ricos ni pobres y que, aunque tengan más de esto, procuran vivir a toda costa como adinerados. Es un cuarto de estar de quiero y apenas puedo, una habitación impersonal y fría, a pesar de haber ciertos detalles que pretenden dar sensación de lujo. Los muebles son serios, como corresponde a una familia que se empezó a formar por el año veintitantos. Y son definitivamente incómodos. De la izquierda, primer término, arranca un pasillo hacia el interior de la casa. En el segundo de este mismo lado, hay una puerta. Al foro, tras un arco de medio punto, un gabinete del que se ve algún mueble. A la derecha, un poco ochavado, un balcón que abre sobre una calle provinciana, una calle gris y oscura, tan triste como la decoración de la pieza. El mobiliario lo componen: una mesa camilla vestida con pesadas faldas, dos sillones, algunas sillas y una cómoda al foro, entre el lateral izquierda y el arco que comunica con el gabinete. Sobre esta cómoda hay algunas figuras decorativas y una imagen religiosa. En la pared, bien visible, un teléfono. Hay en cualquier parte un reloj parado a las dos y veinticinco. Cortinas muy viejas, aunque dignamente conservadas, en el balcón y en el arco del foro. En el suelo, una alfombra deshilachada. Por el balcón se filtran las luces últimas, mortecinas y frías, de un crudo atardecer de invierno.

(Antes de alzarse el telón, en el momento de apagarse las luces de la sala, empieza a oírse un Nocturno empalagoso, interpretado en un piano que se supone colocado en

el gabinete. Al alzarse el telón, en escena, sola, ELISA. Es una mujer que anda por los cincuenta años, cuya mirada dulce y agradable tiene una leve sombra de amargura. Cose una prenda interior de hombre. Hay una breve pausa durante la que sólo se oye la música del piano. Por fin el Nocturno acaba y por el foro entra AMALIA frotándose las manos. AMALIA tiene cerca de treinta años y aunque no es bonita, resulta atractiva.)

AMALIA.— ¡Hace un frío en el gabinete!

ELISA.— Esa habitación es criminal. Ahí vamos a coger una pulmonía el día menos pensado.

AMALIA.— *(Estremeciéndose de frío y calentándose en el brasero.)* No me chocaría.

(Un silencio.)

ELISA.— ¿No sales?

AMALIA.— Más tarde. Daré una vuelta por la plaza. Me gustaría ver a papá.

ELISA.— Ya tarda.

AMALIA.— Las ceremonias oficiales son largas. El domingo había una misa oficial en la catedral y se me hizo eterna.

(Pausa.)

ELISA.— ¿Sigues saliendo con ése?

AMALIA.— Sí.

ELISA.— Eres más tonta...

AMALIA.— No somos novios.

ELISA.— ¡Y qué! Pues sí que aquí tiene importancia eso. Te ven tres días con un muchacho y ya te han casado.

AMALIA.— *(Como para sí.)* ¡Ojalá!

ELISA.— Pues menuda suerte. Un verdadero mirlo blanco... Un triste representante.

AMALIA.— ¿Cuántas veces voy a decirte que Antonio no me interesa?

ELISA.— ¡Ya! Sólo te interesa lo otro. Pero lo otro no puede ser.

AMALIA.— Ya lo sé...

ELISA.— Se portó como un miserable.

AMALIA.— Mamá...

ELISA.— ¡Sí señor! ¡Como un miserable! Dejarte plantada...

AMALIA.— Por favor...

(Breve silencio.)

ELISA.— Tienes poca vista para elegir los muchachos. Primero ese miserable que te entretuvo casi cuatro años, para luego marcharse a Madrid y decirte que vuestro amor era imposible. Eso sí, la carta era preciosa. Y ahora este pisa verde representante de no sé qué cosas.

AMALIA.— Ya te he dicho que no somos novios.

ELISA.— *(Enérgica.)* ¿Entonces por qué vas con él?

AMALIA.— *(Fastidiada.)* Porque me lleva a merendar al Europeo, me lleva al cine. *(Suena el timbre.)* Porque tengo que recurrir a los muchachos si quiero distraerme un poco. Yo nunca tengo dinero para...

ELISA.— ¡Cállate!

(Por el pasillo aparece la muchacha, ANDREA, que cruza la escena y hace mutis por el gabinete.)

AMALIA.— *(Que ha esperado a que se fuera la muchacha para hablar.)* Si yo tuviera dinero para poder alternar con mis amigas no soportaría los rollos que me coloca todas las tardes el pobre Antonio.

(Entran PABLO y la muchacha. Ésta hace mutis. PABLO es un muchacho de unos quince años, delgado, de expresión viva y cara simpática.)

PABLO.— Hola, mamá. *(La besa. Luego besa a su hermana.)* Hola, Amalia.

ELISA.— ¿Habéis salido ya del colegio?

PABLO.— Hombre, mamá, todos los días no me castigan.

ELISA.— Pues casi casi...

PABLO.— ¿No ha vuelto papá?

ELISA.— Aún no.

PABLO.— ¿A qué hora iba a ser?

AMALIA.— A las cinco.

PABLO.— Ya son casi las seis.

ELISA.— Bueno, no empieces a perder tiempo, siempre andas buscando la ocasión para escurrirte y no estudiar.

PABLO.— (*Con fastidio.*) ¡Buuueno! (*Más animado.*) Pero cuando venga me avisáis, va a venir hecho un personaje.

ELISA.— Que te dé Andrea la merienda. (*PABLO sale. A AMALIA.*) Estoy cansada de decirte que delante de la muchacha no se te ocurra hablar tontearías de dinero. Son cosas íntimas. Y menudo es este pueblo. Todo lo que tardara Andrea en enterarse de lo que hablamos, sería lo que iba a tardar en contarle por ahí. Y esas cosas aquí se propagan más deprisa que la peste. Hay que ser discretos, primero porque en realidad no estamos en la miseria y segundo porque sería horrible que se dedicaran por ahí a hablar de nosotros. ¿Recuerdas lo que se decía de tu hermano Manolo cuando se fue a Valladolid a estudiar? (*La otra asiente en silencio.*) «Manolito, el hijo de don Ricardo, es un juerguista que se ha propuesto arruinar a su padre». Y ya ves ahora: a pesar de estar casado y no dar una mala nota, todo el mundo le mira con recelo. Es horrible caer en las garras de esta gente, Amalia, no te puedes imaginar hasta dónde llegan con sus palabras. Manolo... yo misma reconozco que Manolo ha sido un poco tarambana, pero nunca un canalla del que haya que huir como de un sarnoso. Y sin embargo tú sabes tan bien como yo lo que se dice por ahí de él, de nosotros. Quizá lo sepas mejor que yo, porque yo ya no tengo ánimo para salir de aquí y sentir cómo me miran las demás con esa mezcla de odio y de compasión. Y tú sí les oirás. ¿Verdad? (*Interesada en que AMALIA le conteste.*) ¿Qué dicen?

AMALIA.— Nada. Ya nadie se acuerda de Manolo.

ELISA.— Es verdad. Antes era distinto. Cuando tomaba algunas copitas y discutía con alguien, sí les importaba, pero ahora ya no. ¡Para qué! Él vive con su mujer casi en las afueras y ellos necesitan ocuparse de los que están cerca... para acabar de echarlos. (*Breve silencio.*) Hazme caso, Amalia, nadie tiene por qué enterarse de que necesitas buscarte un acompañante para que te pague las distracciones.

AMALIA.— ¿Acaso no es verdad?

ELISA.— No... del todo.

AMALIA.— Claro, con cinco duros a la semana se puede alternar, se puede ir a todas partes.

ELISA.— Si no se puede no se alterna. En mis tiempos las señoritas se estaban en casa tan ricamente y no se morían. Éramos algo tan distinto...

AMALIA.— No empieces, mamá.

ELISA.— Lo importante es vestir y calzar bien. Y eso no te falta. Si te vieran hecha una desastrada poco iban a tardar en decir... Ahí va la hija de don Ricardo Iglesias, que parece una pobre. En el paseo se comentan esas cosas...

AMALIA.— Si papá me hubiera metido en el banco, como hizo con Manolo, a estas horas...

ELISA.— ¡Qué disparate! ¿Cuándo has visto a una verdadera señorita que haga esos trabajos?

AMALIA.— Laurita...

ELISA.— ¡Bah! ¡Laurita! La hija de un vulgar contable del banco. ¿Cómo te vas a comparar con ella? Tú eres la hija del director.

AMALIA.— Del exdirector, mamá. Hoy han jubilado a papá.

ELISA.— ¿Dejaremos de ser de otra clase distinta a la de esa muchacha?

AMALIA.— Eso son tonterías.

ELISA.— Nada de tonterías. (*Breve silencio.*) Mira, Amalia, tú eres una señorita. Te has educado como una señorita y a la hora de elegir, debías dejarte de espantapájaros y darte cuenta que hay hombres más apropiados para ti. El hijo del delegado de hacienda, por ejemplo. Te mira con muy buenos ojos y... ¡menudo partido es!

AMALIA.— ¡Es un pedante!

ELISA.— ¡Porque tiene automóvil!

AMALIA.— Porque es un pedante.

ELISA.— (*En tono más suave.*) ¡Si me hicieras caso! Un muchacho así te puede sacar definitivamente de apuros, hacerte una señorona... (*AMALIA se levanta perezosamente con aire de aburrimento.*) No te gusta que te hable así, ¿verdad? Claro, estas cosas son siempre molestas. Y sin embargo es obligación de una madre decirlas. Mi madre también me sermoneaba cuando tuve aquel pretendiente ingeniero...

AMALIA.— (*Cortándola.*) Que te dotaba con no sé cuántos miles de duros y que tenía fincas en las cincuenta provincias de España. ¡Me sé la histo-

ría al dedillo, mamá! (*Mirándola fijamente.*) Pero te casaste con papá. ¿Por qué no te casaste con el otro?

ELISA.— Porque... (*Duda un momento.*) sería muy largo de explicar. Tu padre era muy listo, y muy apuesto... ¡Vaya si lo era! Además, tu padre podría haber ganado tanto como el otro, pero la mala suerte...

AMALIA.— (*Murmurando.*) La mala suerte. (*Suspira.*) Voy a arreglarme.

(*Inicia el mutis.*)

ELISA.— (*Viéndola irse.*) Vete, hija, vete... Yo sé que las ilusiones hacen mucho daño, pero desgraciadamente no puedo quitártelas de la cabeza... Ni me las puedo quitar yo. Quién sabe si será mejor así. (*Respira hondo, se cala las gafas y vuelve a su costura. Hay un largo silencio. Suena el teléfono. ELISA se levanta y va a cogerlo.*) ¿Diga?... Hola, Manolo, hijo, ¿cómo estáis?... No, tu padre aún no ha vuelto. Sí, se marchó con el gobernador y el director general del banco... No, no creo que pueda tardar mucho. ¿Tanta prisa te corre?... ¿Y qué es?... Hijo, pero a tu madre... ¿De verdad no tiene importancia? Bueno, pues os venís y cenáis con nosotros como habíamos quedado... Sí, y traeros al niño... ¡Ah, oye! ¿Felicitaste a tu padre?... Bueno, bueno. (*Cuelga. Vuelve a sentarse. Llama.*) ¡Andrea, Andrea!

ANDREA.— (*Saliendo.*) Mande.

ELISA.— Ya es tarde...

ANDREA.— Van a dar las seis.

ELISA.— En cuanto venga la señorita Matilde, preparas el café. Haz bastante por si viene alguien a felicitar al señor...

ANDREA.— Bueno.

ELISA.— Mira, te vas a llevar este brasero a la cocina y a mí me enciendes el eléctrico. Así tú también te calientas.

ANDREA.— Si tengo la lumbre muy fuerte, estoy planchando.

ELISA.— Pues lo llevas al cuarto de Pablito. (*Mientras la muchacha enchufa el brasero eléctrico y le coloca en el lugar del que ha sacado.*) ¿Subiste las pastas?

ANDREA.— Sí.

ELISA.— Sí, señora.

ANDREA.— Sí, señora.

(La mira, carga con el brasero y sale por el pasillo.)

ELISA.— Y cierra la llave de la lumbre, que luego se pasa enseguida.

(Hay un breve silencio. ELISA queda canturreando. Por la puerta del pasillo sale AMALIA que se ha empingorotado. Un abrigo muy brillante, unos zapatos de mucho tacón y al brazo un bolso de cuero. Tal vez resulte un poco cursi, pero es indudable que su presencia será agradable en una reunión de «alta sociedad» provinciana.)

ELISA.— *(Mirándola por encima de las gafas.)* ¿Ya te vas?

AMALIA.— Sí.

ELISA.— No tardes.

(Suena el timbre.)

AMALIA.— *(Hacia dentro.)* Ya abro yo.

ELISA.— Y piensa lo que te digo...

(La luz ha ido bajando paulatinamente desde que empezó la acción y en estos momentos ya va siendo casi imposible distinguir todos los objetos de la habitación. ELISA ha vuelto a sentarse en su sitio de costumbre.)

MATILDE.— *(Dentro.)* ¿Se puede?

ELISA.— Pasa, Matilde.

MATILDE.— *(Dentro aún.)* ¡Huy! ¡Qué oscuro! ¡Apenas se ve...!

(Entra tanteando. Tiene cerca de cincuenta años.)

ELISA.— *(Que ha dado la luz.)* Hija, ni me he dado cuenta de que oscurecía.

Me puse a coser y con este calor me quedé medio adormilada...

MATILDE.— Sí que hace calor aquí. *(Estremeciéndose de frío.)* Yo creo que va a nevar esta noche.

ELISA.— ¿Tanto frío hace en la calle?

MATILDE.— ¡No te lo puedes imaginar! El agua de los charcos está helada. Y eso que apenas se ha puesto el sol.

ELISA.— Aquí no se nota. Este brasero eléctrico calienta mucho. A veces hay que apagarle un rato...

MATILDE.— Es verdad, si es eléctrico...

ELISA.— Gasta mucho, pero Ricardo prefiere gastar a que estemos incómodos. (*Pausa.*) Quítate el abrigo.

MATILDE.— No. Me voy a ir enseguida. Tengo que ir a la novena, pero no quería dejar de venir para felicitar a tu marido.

ELISA.— Pues aún no ha vuelto de la ceremonia.

MATILDE.— ¡Es verdad que hoy era el gran día! Estaréis muy contentos.

ELISA.— Imagínate.

MATILDE.— ¡Qué envidia me das!

ELISA.— ¿Por qué?

MATILDE.— Por todo.

(*Tiene la mirada perdida.*)

ELISA.— Mujer, no es para tanto...

MATILDE.— Sí, lo es. Tienes una familia... Tú no sabes lo que eso supone... Yo que estoy sola sé lo que es eso... No tener nada es terrible.

ELISA.— Claro que tienes... Lo que pasa es que...

MATILDE.— (*Negando con la cabeza.*) No, no, no tengo nada. Bueno, sí, la pensión de papá, la casa y un terreno cerca del río. Mi única distracción el cotilleo y la novena. ¡Si tuviera alguien de quien ocuparme...!

ELISA.— Vamos, Matilde, no te mortifiques siempre con lo mismo. Son cosas irremediables que no deben obsesionarte. No lo pienses.

MATILDE.— Que fácil se dice «no lo pienses». (*Nostálgica.*) ¿Te acuerdas cuando jugábamos en casa de pequeñas? En cuanto mis hermanos se enteraban de que iba a ir a casa de la prima Elisa, ya estaban alborotados. Y tú con tus fantasías nos hacías pasar unos ratos deliciosos. ¿Te acuerdas cuando jugábamos a ser princesas o bailarinas del real...? ¡Qué imaginación tenías! Nos contabas las fantasías más increíbles de manera que parecían verdad. Pero aquella casa está vacía. Sólo queda el eco... Y el eco es horrible, Elisa, como si alguien estuviera gritando a todas horas y sus gritos no se oyeran y sólo los sintiéramos en la piel... como

punzadas... Y la vieja Matilde, allí sola siempre en medio de tantos recuerdos. Cuando arreglo el despacho de papá tengo la impresión de que él no ha estado allí nunca. Y sin embargo siento su voz dentro de mí... Necesito venir por las tardes, aunque sean unos pocos minutos, para olvidar, para alejarme de allí...

ELISA.— ¡Qué distinta era nuestra vida entonces!

MATILDE.— Yo quería casarme y tener muchos hijos... Y tú querías casarte con un aventurero que hubiera recorrido medio mundo y que hubiera hecho una gran fortuna.

ELISA.— Todo es así. Es malo soñar, ¿verdad, Matilde?

MATILDE.— Le consumen a una.

ELISA.— Y en la boca siempre una amargura...

MATILDE.— Y eso que tú vives bien.

ELISA.— (*En una rápida transición, más alegre.*) Desde luego. Ricardo trabaja, gana bastante. Sus fincas también nos dan buenos cuartos... Y mis hijos tienen salud y son buenos... No me puedo quejar. Gregorio ya estudia tercero en Deusto, una universidad carísima. Pablito trae buenas notas... Amalita tiene muy buenos partidos. No, no me puedo quejar y sin embargo...

MATILDE.— ¿Qué?

ELISA.— Tengo miedo a que fracase alguien de los míos.

MATILDE.— Mujer...

ELISA.— Sí. Cuando se vive feliz y se tiene casi todo y lo que no se tiene se inventa, siempre existe un temor espantoso a que algo fracase y se acabe todo...

(*Largo silencio.*)

MATILDE.— Esta noche nevará.

ELISA.— Es horrible el frío.

MATILDE.— Sobre todo cuando se está sola. Cuando nunca se ha compartido el lecho...

ELISA.— Mi Manolo nació en invierno...

MATILDE.— Para mí siempre es invierno.

ELISA.— Después de darle de mamar se dormía conmigo, dentro de la cama y no le llevaba a su cuna por temor a que se enfriase. Me pasaba la noche mirándole y soñando despierta para él una vida feliz.

(Hay un largo, abrumador silencio, durante el cual las dos mujeres quedan sumidas en sus preocupaciones. Sueña el timbre.)

MATILDE.— *(Vivamente.)* ¿Será tu marido?

ELISA.— *(Abstraída aún.)* No. Tiene llave.

ANDREA.— *(Viene secándose las manos en el mandil mientras cruza la escena.)* ¡Dichosa puerta, me está dando un diíta!

(Sale.)

ELISA.— ¡Ha venido tanta gente a felicitar a Ricardo!

(Entra MANOLO. Es un hombre de treinta años, vestido medianamente. Su aspecto es preocupado y hay algo de recelo en su mirada.)

MANOLO.— Hola. *(Besa a su madre.)* ¿Qué hay, tía?

MATILDE.— Ya ves, hijo.

ELISA.— Qué pronto has venido.

MANOLO.— Estaba cerca de aquí. ¿Y papá?

ELISA.— No tardará mucho. ¿Y tu mujer?

MANOLO.— No se encontraba bien.

(Pasea inquieto.)

ELISA.— ¿Qué te pasa Manolo?

MANOLO.— Nada.

(Sigue paseando.)

ELISA.— ¿Quieres estarte quieto, hijo?

(MANOLO saca un periódico del bolsillo y va a sentarse al lado contrario del que ocupan las dos mujeres.)

MATILDE.— *(A MANOLO.)* ¡A ver cuando vais por casa!

MANOLO.— Un día que vengamos al centro.

MATILDE.— Me avisáis y os preparo una merienda. *(A su prima.)* Todavía no he perdido la mano para hacer dulces... Los hago como entonces... sólo que ahora es diferente...

MATILDE.— Habla de otra cosa Matilde, no te mortifiques.

MATILDE.— *(Pensativa.)* Sí. *(Pausa.)* ¿Sabes lo que le ha hecho a Lola su marido?

ELISA.— *(Que está más pendiente de los movimientos de su hijo que de la conversación.)* Ni lo sé ni me importa.

MATILDE.— ¡Hija...!

ELISA.— Perdona.

(MANOLO ha dejado de leer y ha quedado abstraído pensando en algo que sin duda le preocupa. Una pausa.)

ELISA.— ¿Queréis merendar?

MANOLO.— No.

MATILDE.— No tengo apetito. Además dentro de nada cenaré... Yo ceno pronto...

ELISA.— Nosotros también.

MANOLO.— ¿Tardará mucho?

ELISA.— No lo sé, hijo, no lo sé.

(Por el pasillo entra PABLO. Las dos mujeres quedan en silencio. ELISA cose.)

PABLO.— ¿Qué hay, Manolo?

MANOLO.— Nada de particular.

PABLO.— ¿Me has traído novelas?

MANOLO.— No.

(PABLO va al teléfono y marca un número de cuatro cifras. Espera un momento.)

PABLO.— ¿Está Juancho?... Bueno, luego le llamaré. *(Cuelga y va a sentarse)*

al lado de sus hermanos.) ¿Sabes que Juancho se va a América? Va a trabajar con un tío suyo que tiene un dineral. ¿Verdad que es estupendo?

MANOLO.— Sí.

PABLO.— Fíjate que allí, nada más llegar, sólo con lo que ganas trabajando en lo que sea, te puedes comprar un coche.

MANOLO.— Muy bien.

PABLO.— Y además...

MANOLO.— *(Cortándole.)* ¡No me des la lata, Pablo!

PABLO.— ¡Bueno, hombre, bueno!

(Se levanta perezosamente y se dirige hacia su cuarto. Cuando va a hacer mutis, en la puerta del gabinete aparece DON RICARDO. Es un hombre de sesenta años exactamente. Delgado, arrogante y con cara de cansancio, no sólo físico. Viste un flamante chaqué y sobre él una banda ceñida y una gran condecoración sobre el lado izquierdo del pecho.)

PABLO.— *(Viéndole.)* ¡Papá! *(Todos le miran. PABLO va hacia su padre y le da un beso. Luego acariciando la condecoración, pregunta.)* ¿Cómo se llama?

RICARDO.— Del mérito al trabajo.

PABLO.— *(Admirándole.)* ¡Qué bárbaro!

MATILDE.— A ver si cuando seas tú mayor también la consigues.

PABLO.— ¡Pues anda, que si tengo que esperar hasta los sesenta y cinco años...!

RICARDO.— Estos méritos se reconocen tarde, hijo. *(A MANOLO.)* ¿Y tu mujer?

MANOLO.— En casa. *(Acercándose a él.)* Felicidades.

MATILDE.— Igualmente.

RICARDO.— Gracias. *(A su hijo.)* No te esperábamos hasta la hora de la cena.

MANOLO.— Ya es casi... Además, necesitaba hablar contigo.

RICARDO.— Tú dirás...

MANOLO.— No, luego.

RICARDO.— Como quieras.

ELISA.— *(Se ha acercado y le ha besado.)* ¿Contento?

(Él hace un gesto de indiferencia.)

PABLO.— ¿Te han hecho fotos para la «Gaceta de la provincia»?

RICARDO.— Creo que sí.

PABLO.— Mañana la llevaré al colegio para que la vean todos.

RICARDO.— Y en vista de eso ya no estudias.

PABLO.— ¡Joroba!

ELISA.— Tiene razón tu padre.

(PABLO, sin decir nada, sale con cara de mal humor.)

RICARDO.— ¿No ha venido... nadie?

ELISA.— ¿Quién tenía que venir?

RICARDO.— Nadie, nadie.

ELISA.— Entonces, ¿por qué me has preguntado?...

RICARDO.— No sé.

MATILDE.— Estarás muy contento con este triunfo. (*Señala la condecoración.*) Has llegado donde te habías propuesto. Y precisamente hoy el día de tu cumpleaños...

RICARDO.— (*Sentándose con gesto de cansancio.*) Hoy es algo más que mi cumpleaños. Es el día de mi muerte para el trabajo. Esta mañana fui al banco, firme, entregué al director entrante todos los papeles y me fui a la comida que me daban en el hostal. A partir de ese momento ya no existo en el banco. Desde mediodía soy un hombre pasivo. ¡Pasivo! Hace falta llegar a mi edad para comprender todo lo que significa esa palabra. (*Sonriendo amargamente.*) Durante la imposición ha dicho el director general del banco: «Los hombres como éste pasan a la historia con letras de oro». ¡Qué hombres! ¡Qué historia! ¡Qué letras de oro! ¡Palabras! Unas palabras como una limosna... un pedazo de tela de colores... (*Acaricia la banda.*) una insignia... y la cuenta del mes como si se tratara de despachar a una criada que no sirve.

ELISA.— Si han dicho esas cosas tan bonitas será porque...

RICARDO.— Porque las palabras son muy baratas, apenas cuestan nada. ¿Por qué no han dicho también que yo desempeñaba el cargo de director hoy igual que cuando me nombraron? Que podía seguir desempeñando aún mucho tiempo... ¿Por qué?

ELISA.— Tú me dijiste que era la ley la que impedía que siguieras...

RICARDO.— *(Como un lamento.)* ¡La ley!

(Un silencio. Lejos se oye un repicar alegre de campanas.)

MATILDE.— ¡Huy! Se me hace tarde para el rosario. *(Recoge apresuradamente el bolso.)* Bueno, hasta mañana. Y enhorabuena otra vez, primo. ¡Qué triunfo! ¡Qué triunfo! Todavía recuerdo cuando nos decía a Elisa y a mí que llegarías muy arriba en el banco. *(Mirándole con arrobamiento.)* Entonces no erais siquiera novios. Y lo has conseguido... Tú vales mucho. *(Se hace un silencio. Ella le mira y luego muy lentamente, aunque su acción ha de producir sorpresa a todos, se acerca a él y le da un beso. Ríe ella.)* Es la primera vez que te beso. Hoy lo he hecho porque... Bueno, por nada. Ya estamos todos jubilados. *(Sigue riendo suave y nerviosamente. A su prima, que hace ademán de acompañarla.)* No te molestes, conozco el camino.

(Un silencio. MATILDE sale con sus pasos menudos y ligeros. Marido y mujer se miran con cierta extrañeza. MANOLO permanece en un segundo plano como observador frío de la escena.)

ELISA.— Esta noche he comprendido a Matilde.

(Se sienta.)

RICARDO.— *(A su hijo.)* ¿Querías hablarme?

MANOLO.— Sí, pero a solas.

RICARDO.— *(Mirando a su alrededor.)* Solos estamos.

ELISA.— Bien claro te lo ha dicho. Su madre ya no tiene porqué enterarse de sus asuntos. Es una pobre vieja que...

MANOLO.— Por favor, mamá, no te enfades... No es más que un asunto del banco. Un asunto bastante desagradable que quería consultar con papá. Pero puedes quedarte, ¡claro!

(ELISA vuelve a fijar su atención en la labor mientras hablan padre e hijo. Pero en realidad no da una sola puntada. Está pendiente de la conversación.)

RICARDO.— ¿Y qué asunto es ese?

MANOLO.— *(Sacando una carta del bolsillo y alargándosela a su padre.)*
Toma, lee.

(RICARDO empieza a leer. MANOLO esta nervioso, visiblemente preocupado.)

RICARDO.— *(Al acabar la lectura.)* ¿Cuándo has recibido esto?

MANOLO.— Esta mañana, al salir de la oficina. Me la dio el nuevo director.

RICARDO.— *(Releyendo.)* «Durante nuestra visita última de inspección, girada a esa sucursal...». *(Haciendo memoria.)* Eso fue hace dos meses.

MANOLO.— Sí.

RICARDO.— ¿Y yo siendo el director no me he enterado?

MANOLO.— Como estabas a punto de jubilarte, habrán preferido evitarte la violencia...

RICARDO.— *(Inquisitivo.)* ¿Tú no sabes nada de esto?

MANOLO.— No.

RICARDO.— ¿No habrás firmado ese cheque?

MANOLO.— ¡Claro que no! Hice con él lo que con todos, comprobar que había fondos.

RICARDO.— Manolo...

MANOLO.— No lo hice.

RICARDO.— ¿Cuándo se descubrió el asunto?

MANOLO.— Al recibir el cliente el estado trimestral.

RICARDO.— Es imposible que no me haya enterado de nada.

MANOLO.— Por lo visto el cliente fue a hablar con Mendoza y... ya sabes como es el interventor... Le diría que hiciera la reclamación directamente a Madrid. Quizá por eso vino la visita.

(Largo silencio.)

RICARDO.— Vamos, hijo, dime. Bien claro lo dice esta comunicación. Los

peritos han comprobado que la firma está hecha con la misma pluma que hizo la anotación para el pago. Y esa la hiciste tú.

MANOLO.— El individuo me pidió la pluma.

RICARDO.— ¿Quién era?

MANOLO.— No sé. Yo conozco a algunos clientes, pero hay muchos del campo que van por allí de pascuas a ramos. Él era uno de ellos.

RICARDO.— ¿Y por qué te pidió la pluma si hay en los pupitres las que hacen falta?

MANOLO.— Había mucha gente. Estaban todas ocupadas.

(Una pausa.)

RICARDO.— *(Mirando a su hijo.)* ¿Y cómo no me habré enterado de que ese cheque se mandó a Madrid? Tuve que firmar yo el oficio... *(Duda un momento y por fin va al teléfono y marca un número.)* ¿Mendoza? Soy Iglesias, buenas tardes... Le llamaba para decirle que me he enterado de lo de mi chico... Sí, sí, sí. Bien, ¿pero cómo pudo mandarse ese cheque a Madrid sin que yo supiera nada?... ¡Ah! Se lo llevaron los inspectores, claro, claro... Pues nada, muchas gracias. Óigame, óigame, Mendoza... Procure que no se entere nadie de esto. Ya sabe cómo es la gente, enseguida pensarían Dios sabe qué cosas... Gracias. Adiós. *(Cuelga.)* Al fin tuve que hacer el ridículo en el banco. *(Mira fijamente a su hijo.)* Mi expediente sin una sola falta y al final... ¡Bah! ¡Qué más da! *(Acercándose a su hijo que permanece pensativo.)* Bueno, Manolo, conmigo no necesitas dar rodeos...

MANOLO.— ¿Qué quieres decir?

RICARDO.— Que no te creo ni una palabra.

ELISA.— Pues cuando el chico lo dice...

RICARDO.— Elisa, no digas tonterías. También decía que aquel profesor de la universidad le había suspendido injustamente y luego nos enteramos de que se había pasado todo el curso en una pura juerga. Y como esas muchas. A ti te ha cogido muchas veces dinero para irse por ahí con los amigos.

ELISA.— Nunca más de uno o dos duros.

RICARDO.— La cantidad es lo de menos. Quien es capaz de robar a su propia madre es capaz de cosas peores.

MANOLO.— Está bien. ¡Si no me crees...!

(Hace ademán de ir a recoger su abrigo.)

RICARDO.— ¿Qué haces?

MANOLO.— Me voy a casa.

RICARDO.— Espera.

MANOLO.— No tenemos nada que hablar, padre. Hoy no necesitaba dudas, necesitaba que alguien me ayudara... Me ayudara... ¡No sé! Mi mujer también piensa que tengo la culpa, pero ya me da igual que penséis lo que sea. No tengo nada que hablar con nadie.

RICARDO.— Espérate. Yo soy tu padre y puedo pensar lo que sea, pero por encima de eso está tu situación actual. Si eres o no eres culpable ya lo decidirá la justicia.

ELISA.— *(Aterrada.)* ¿La justicia?

RICARDO.— Lo que no podemos dejar sin resolver es tu situación económica. Te han suspendido indefinidamente de empleo y sueldo, seguramente se dictará auto de procesamiento...

ELISA.— ¿Te han echado del banco, hijo?

MANOLO.— ¡No, madre, no me han echado! No cobraré y no iré a trabajar hasta que esto se arregle, pero luego tendrán que pagarme todo el tiempo que haya estado separado del servicio.

ELISA.— Pero hasta entonces...

MANOLO.— *(Con voz ronca.)* No sé.

ELISA.— ¿Qué dice tu mujer?

MANOLO.— Nada. Está callada y me mira con odio, como si quisiera reprocharme que me hubiera casado con ella...

(Sonríe amargamente.)

ELISA.— *(Yendo hacia él.)* No te apures. Pues vaya un hombre que me ha salido mi hijo. No se puede uno dejar acobardar por las circunstancias. Yo tengo fe en ti, ¿por qué no la tienes tú? Sé que eres incapaz de una cosa de esas. Y si tu mujer te mira con odio, no te importe. Tu madre cree en ti y sabe muy bien que su Manolo es incapaz de una cosa de esas. *(Enfurecida, señalando a la calle.)* Es esa gentuza que le amarga a

uno la vida, que levanta y hunde a las personas sin conciencia, sin piedad... ¿Por qué vamos a tenerles miedo? ¿Por qué siempre que nos ocurre algo malo tenemos que tenerlos presentes como si fueran nuestros jueces? Ellos no tienen derecho a serlo. De ti se han dicho muchas calumnias... No sé como es el infierno pero estoy segura que no puede ser peor que este pueblo. Nunca nos ha importado su vida y nunca ha habido por qué tenerles en cuenta en nuestros asuntos.

RICARDO.— Elisa...

ELISA.— Sí señor. Nosotros estamos por encima de ellos y lo estaremos pase lo que pase. *(A su hijo.)* Pero que no me entere yo que sufres porque digan por ahí o dejen de decir. Y tú no eres malo aunque por ahí se empeñen en decirlo... Siempre te han tenido envidia, porque eras muy bien parecido... Tu padre también sabe que no eres malo... Y tu mujer...

(Dulcemente ha quedado sumida en un llanto sin estridencias. Saca un pañuelo, se seca las lágrimas y sale muy despacio por el pasillo. Los dos hombres la ven salir en silencio. Hay una larga pausa.)

RICARDO.— ¿En qué piensas trabajar?

MANOLO.— No tengo la menor idea.

RICARDO.— Necesitas hacer algo.

MANOLO.— Tiene razón mamá. Aquí todo será más difícil ahora. Mañana sabrá todo el mundo lo que me ha pasado y no podré hacer nada. Tengo que meterme en casa hasta que me echen porque no tengo dinero para pagar el alquiler... Ahora tendrán motivos para divertirse a costa mía los que ya me miraban de mala manera...

RICARDO.— Siempre has tenido fama aquí de bebedor, de...

MANOLO.— ¡Y qué! ¡Era joven! Tenía derecho a hacer esas pequeñas locuras que vienen a ser como el escape de una vida tan pequeña, tan sucia, tan sin horizontes... He bebido porque después de tomar unas copas me sentía un hombre diferente. Todo lo que me apretaba dentro, vuestras presunciones, vuestras fincas inventadas en Extremadura, todo eso que es una farsa, se me olvidaba mientras estaba alegre. Y ahora además me aterra el porvenir... Bueno, en realidad siempre me ha aterrado. Yo quería dedicarme a la mecánica, pero un hijo vuestro no podía ser mecáni-

co. Tenía que estudiar una carrera. Dejé de estudiar porque no sirvo para eso, o porque soy un golfo como dicen por ahí. ¡Bah! (*Mirando con resentimiento a su padre.*) Muchas veces he oído decir... hasta tú lo has dicho... que me metiste en el banco porque era un inútil. ¡Un inútil! ¿Qué se puede hacer cuando vienen las cosas así, cuando se ve todo lo absurdo que te rodea...? Gano un sueldo de cuatro cuartos y a pesar de eso me he casado... Más me hubiera valido no hacerlo. ¿No me preguntas por qué me casé? Te lo voy a decir. Necesitaba demostrarme a mí mismo que era un hombre, que podía tener y mantener una mujer, que podía ser ese macho que se es por naturaleza y que en estos sitios hay que ocultar por repugnante hipocresía...

RICARDO.— No seas como tu madre. Piensa por tu cuenta. Ella no quiere comprender...

MANOLO.— Tiene razón ella. Esto es odioso...

RICARDO.— Esto es como es y hay que aguantarlo.

MANOLO.— Aguantar todo, ¿eh? Que nos juzguen a todas horas cuando es a ellos a los que había que condenar por su mentira, por su falsa apariencia. Si esto es la vida, me río yo de la vida, como me río de los que son honestos porque son inútiles para el matrimonio, de los caritativos que rebosan dinero y explotan a sus obreros, de las viejas que se pasan todo el día en la iglesia porque la vida ya no les deja otra solución que mirar a la otra vida. Qútales a todos las razones por las que son (*Risueño.*) buenos y dime si en otras circunstancias lo serían. (*El padre le mira en silencio.*) También a mí me gustaría ser bueno, pero no puedo... Estoy condenado a ser como un náufrago que nada contra corriente sin avanzar nunca.

RICARDO.— Tu madre, con sus manías de grandeza, os ha hecho mucho daño.

MANOLO.— Claro, tú no has tenido ninguna culpa. Pero si ella ha vivido en las nubes, tú tampoco has andado lejos. Tu banco, tus consejos que suenan a disco rayado por miles de años de uso, tus partidas de dominó y tu tertulia con el recaudador... ¡A ti qué más te da que un hijo tuyo sea un desgraciado...!

RICARDO.— Ese es un mal que nos invade a todos.

MANOLO.— No, tú vives a gusto. Este pueblo es tu vida.

RICARDO.— No lo es. Pero me resigno. ¡Mira! (*Se descubre el pecho y le muestra la banda.*) Esto es el reconocimiento de mis méritos, ¿sabes?

¿Y sabes dónde lo llevo puesto? Sobre un chaqué de alquiler que he de devolver mañana en Madrid... Lo tuve que alquilar allí porque estos sitios son muy pequeños y todo el mundo se enteraría de que no lo tengo. Tampoco yo puedo sentirme satisfecho, Manolo, aunque a veces lo parezca. Pero hay que resignarse. No elegimos la vida, nos elige ella y se ceba a placer en nosotros... y hay que dejarla porque es más fuerte. Estamos en sus manos y lo demás no cuenta.

(Breve pausa.)

MANOLO.— Lo demás no cuenta... Y, ¿qué hay que hacer entonces...?

RICARDO.— Nada.

MANOLO.— ¡Qué bonito! Se tiene hijos, se les quita la posibilidad de triunfar en lo que quieran, se les deja reducidos a una ruina y después se les dice: Nada, no se puede hacer nada...

RICARDO.— No sigas.

MANOLO.— Te duele, ¿eh?

RICARDO.— *(Frío, con una dura sequedad.)* ¿Qué has hecho por ti y por tu familia?

MANOLO.— Nunca me entenderías.

RICARDO.— Ni tú a mí.

(Suena el teléfono. MANOLO va a cogerlo.)

MANOLO.— ¿Diga?... Sí, un momento. *(Llamando.)* ¡Pablo! ¡Es para ti!

(Padre e hijo han quedado en silencio. Aparece PABLO que va al teléfono.)

PABLO.— Hola, Juancho... Sí, te llamé para preguntarte cuándo te ibas... Qué pronto... Y en cuanto llegues, a vivir como un millonario. Bueno, sí, mañana iré a tu casa. ¡Ah! Cómprate la «Gaceta», viene mi padre retratado. Le han dado una medalla... Sí, imagínate... Muy contentos... Y le han dado una fiesta por todo lo grande... Sí. Adiós. *(Cuelga. A su padre.)* Se va a Venezuela. Tiene un tío muy rico que se lo lleva para que

trabaje allí. Hemos hablado muchas veces de eso. Dice que en cuanto gane mucho me lleva a trabajar allí con él. ¿Qué te parece?

RICARDO.— ¿No crees que está muy lejos?

PABLO.— Eso es lo de menos. Hay que vivir, conocer sitios... Y si gano dinero fijate que estupendo... Nos haríamos una casa cerca del río. Una casa nuestra, ¿eh? (*A su hermano.*) Tú también podrías vivir allí, sería una casa enorme. Y tu mujer... y mi sobrino... Me hace gracia tener un sobrino.

RICARDO.— Pues a partir del mes que viene tu sobrino vendrá a vivir en esta casa.

MANOLO.— ¿Cómo?

RICARDO.— En la casa hay sitio de sobra para vosotros. Podéis dormir en la alcoba de Gregorio y Gregorio volvería a dormir con Pablo.

PABLO.— Además, Gregorio está en Deusto.

RICARDO.— Pero volverá pronto.

PABLO.— Bueno, en Navidades.

RICARDO.— Tal vez antes.

MANOLO.— ¿Por qué?

RICARDO.— Eso no viene al caso. Se trata de ti. No sabemos lo que va a durar tu situación, ni cómo van a ir las cosas. Y mientras viva tu padre, aunque no nos sobre el dinero, tú tendrás lo que tengan mis hijos...

MANOLO.— No es justo que cargues con mi familia.

RICARDO.— ¿Y qué es justo? Mientras estés sin empleo vivirás aquí.

MANOLO.— (*Recogiendo su abrigo.*) Mercedes está sola en casa. (*Da un abrazo a su padre.*) Gracias. Y perdona lo que te dije.

RICARDO.— Di adiós a tu madre.

(*MANOLO sale por el pasillo acabando de ponerse el abrigo.*)

PABLO.— ¿Le han echado del banco, papá?

RICARDO.— Sí.

PABLO.— ¿Por qué?

RICARDO.— Porque en esta casa no puede salir nada a derechas.

PABLO.— ¿Qué?

RICARDO.— No puedes comprenderlo. Aún eres un muchacho y las cosas de los hombres te vienen un poco anchas. Pero hazme caso, Pablito, estudia mucho y date prisa. Que las oportunidades pasan y si no las atrapas a tiempo te expones a pasarte toda la vida persiguiéndolas inútilmente.

(Por el pasillo salen MANOLO y ELISA.)

MANOLO.— No salgas, que hace frío.

ELISA.— Deja, deja, te acompaño.

MANOLO.— Adiós.

(Salen por el gabinete.)

PABLO.— Oye, papá, ¿por qué le han echado?

RICARDO.— No lo sé.

(Fuera, seguramente en la puerta de la calle, se oye la siguiente conversación.)

ELISA.— Pero, ¿cómo tú aquí?

AMALIA.— Me he encontrado con él cuando venía para casa.

ELISA.— Adiós, Manolo.

MANOLO.— Adiós y bien venido.

PABLO.— ¿Quién será?

RICARDO.— Tu hermano Gregorio.

PABLO.— ¡Si las vacaciones de Navidad no empiezan hasta el mes que viene!

ELISA.— *(Apareciendo en escena.)* Mira quién ha venido.

(Tras ella entran AMALIA y GREGORIO que trae una maleta y una gabardina puesta. GREGORIO es un muchacho de unos veintiún años, agradable y despabilado.)

RICARDO.— *(Queriendo dar sensación de jovialidad.)* ¿Qué hay, medio abogado?

GREGORIO.— ¡Felicidades, papá!

RICARDO.— (*Mirándole.*) Gracias. Sabía que vendrías hoy.

ELISA.— ¿Y por qué? ¿No estarás enfermo?

GREGORIO.— ¡Qué va!

RICARDO.— Tiene un aspecto estupendo.

GREGORIO.— ¿Qué es esto?

(*Por la condecoración.*)

RICARDO.— La medalla al mérito al trabajo.

GREGORIO.— Es verdad, que me escribisteis algo...

AMALIA.— ¡Me he llevado una alegría! Al principio me pareció que era él, pero pensé que no era posible...

ELISA.— ¿Se puede saber por qué has venido?

GREGORIO.— (*Mirando a todos con recelo.*) ¿Vosotros estáis todos bien?

RICARDO.— Mejor que nunca.

ELISA.— ¿Por qué vamos a estar mal?

GREGORIO.— (*Mirando a su padre.*) Entonces, ¿por qué?

ELISA.— ¿Pero qué pasa aquí? ¿Por qué has dejado la universidad y en pleno curso? ¿No te habrán echado, Gregorio?

GREGORIO.— No, mamá, no me han echado.

ELISA.— ¿Entonces...?

GREGORIO.— Papá me escribió una carta hace algunos días diciéndome que viniera antes de primero de mes, que teníamos que resolver unos asuntos de la familia... y pensé que si me adelantaba tres días, llegaba a tiempo para pasar aquí su cumpleaños.

RICARDO.— (*Con amargura.*) Has hecho bien, hijo. Así pasaremos la noche juntos.

GREGORIO.— (*Reparando en PABLO, que al entrar su hermano había quedado en segundo plano, abstraído, con una revista abierta sobre las rodillas y la cabeza echada sobre el respaldo del sillón.*) ¿Qué me cuentas, Pablo? ¿No te alegras de verme por aquí?

PABLO.— (*Levantándose despacio y yendo hacia él.*) Claro que me alegro. (*A sus padres.*) ¿Por qué no se ha quedado Manolo a cenar?

RICARDO.— Su mujer estaba mala.

PABLO.— Hubiéramos pasado la noche todos juntos.

GREGORIO.— Ya la pasaremos mañana o pasado.

RICARDO.— Hay tiempo para eso.

GREGORIO.— Te he traído una corbata... (A PABLO.) Y a ti una novela.

PABLO.— (*Visiblemente preocupado.*) Gracias.

ANDREA.— (*Apareciendo en el pasillo.*) Ya está la cena dispuesta, señora.

Hola, señorito Gregorio. ¿Cómo usted por aquí?

ELISA.— (*Rápidamente.*) Ha venido a felicitar al señor.

GREGORIO.— ¿Cómo estás? (ANDREA queda recogiendo la costura de ELISA.

A sus padres.) Me voy a lavar un poco. Cuidado que se ensucia uno en el tren.

RICARDO.— Date prisa. Vamos a cenar. (*Empieza a quitarse el chaqué.*) Me voy a quitar esto, no sea que se manche. Vamos, Elisa, la cena está en la mesa.

(Inicia el matrimonio el mutis. AMALIA se ha quitado el abrigo y lo ha dejado de cualquier manera sobre una silla.)

ELISA.— No dejes el abrigo tirado en cualquier parte.

(AMALIA lo recoge y va a salir tras ellos, al lado de GREGORIO que dice a su padre.)

GREGORIO.— Ya tengo ganas de que me aclares ese misterio...

RICARDO.— No hay prisa... quizá después de la cena.

(Salen los cuatro.)

PABLO.— ¿Qué hay de cena, Andrea?

ANDREA.— Patatas guisadas.

PABLO.— ¡Joroba! ¡Todos los días igual!

(Inicia el mutis. Rápidamente cae el telón.)

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración. Ha pasado media hora.

(Al alzarse el telón la escena esta vacía. La luz apagada y las maderas del balcón ya cerradas. Dentro se oye murmullo de conversación. Al cabo de un momento aparece RICARDO. Lleva echado sobre el chaleco del chaqué un batín de invierno. Enciende la luz y va a sentarse en uno de los sillones. Fuma un cigarrillo. Abre el periódico y se dispone a leer. Casi inmediatamente deja de leer y queda pensativo. Por el gabinete entra ELISA. Trae echada una toquilla sobre los hombros.)

RICARDO.— ¿Y los chicos?

ELISA.— En el cuarto de Gregorio.

RICARDO.— Podían acostarse.

(Pausa larga.)

ELISA.— ¿Tú crees, Ricardo, que Manolo...?

RICARDO.— No sé.

PABLO.— *(Entrando por el gabinete.)* Hasta mañana. *(Besa a sus padres. A su madre.)* Mira lo que me ha traído Gregorio.

(Le enseña un libro que trae en la mano.)

ELISA.— *(Mirándolo.)* «Manual del navegante». Hijo, ¿es que te vas a ir a Venezuela conduciendo tu propio barco?

PABLO.— ¡Ojalá!

ELISA.— Sí que sería bonito... ¡Un muchacho de quince años!

PABLO.— ¡Dieciséis, mamá!

ELISA.— Bueno, es igual. Un muchacho tan joven embarcado en una aventura tan interesante.

RICARDO.— ¡Elisa!

ELISA.— ¡Caray! Todo lo que digo está mal.

RICARDO.— Y tú, a la cama. No te quedes leyendo hasta las tantas, que luego no hay quien te levante para ir al colegio.

PABLO.— (*Fastidiado.*) Hasta mañana.

(*Sale.*)

RICARDO.— Elisa, no debes hacer eso.

ELISA.— Pero, ¿qué hago yo?

RICARDO.— Meter a los chicos esas ideas en la cabeza... Deja por lo menos que Pablito tenga una idea más real de todo. Soñando no se va a ningún sitio.

ELISA.— ¿A ti no te ha gustado soñar a veces? Es mejor para ellos. El tiempo que pasan soñando se lo quitan de vivir la odiosa realidad.

RICARDO.— Si alguna vez me he puesto a soñar he despertado siempre con mal gusto de boca.

ELISA.— Gregorio será abogado. Pablito ganará mucho dinero en América. Amalia se casará con un señorón y Manolo... volverá al banco. ¿Es tan malo pensar eso? Es lo natural, lo que debe ocurrir. Si eso es malo...

RICARDO.— Nunca sabemos lo que debe ocurrir.

ELISA.— Bueno, pues mientras llega, soñamos. Es tiempo que se gana.

RICARDO.— (*Pensativo.*) Lo que me queda de jubilación no dará para muchos extraordinarios.

ELISA.— Ya veremos lo que se hace.

RICARDO.— Tú soñarás.

ELISA.— Tal vez.

RICARDO.— Pero el dinero no aumentará por eso.

ELISA.— Vuelta con el dinero. ¡Cómo odio el dinero!

RICARDO.— ¡Tenías que salir todos los años de veraneo! ¡No podías llevar a una boda un sombrero prestado como hacen otras...!

ELISA.— No podía dejarte en mal lugar.

RICARDO.— Manolo vendrá a vivir a casa el mes que viene. Tendremos que reducir los gastos...

ELISA.— ¿Más aún?

RICARDO.— Sí.

ELISA.— Ya veremos.

RICARDO.— (*Estallando, furioso.*) ¿Es que no podrás dejar tus embustes?

ELISA.— ¿Por qué? Son muy bonitos.

RICARDO.— Es necesario que se te olviden tus supuestas fincas en Extremadura, los olivares que te has inventado en no sé dónde, los proyectos absurdos que haces sobre el futuro de tus hijos...

ELISA.— ¡Todas mis amigas hablan de sus fincas!

RICARDO.— Ellas las tienen.

ELISA.— ¿Acaso no podemos ser todos ricos?

RICARDO.— No.

ELISA.— Sí, señor. Yo al principio no decía nada y nadie te trataba aquí con tanto respeto como cuando empecé a hablar de tus olivares. Era por ti, por todos. Las fincas no las inventé para mí.

RICARDO.— Porque aquí te conoce todo el mundo.

ELISA.— Podía haberlas heredado de un pariente.

RICARDO.— Esas invenciones son dañinas.

ELISA.— ¡Qué va! Son magníficas. Y cuestan tan poco... Cuando cuentas una historia muy bonita y los demás se la creen, ya no es una invención. Tiene algo de verdad que al ver como se han creído los otros ha empezado a ser realidad. Yo no hago daño a nadie.

RICARDO.— Sí lo haces. En tu propia casa. Pero a ti lo único que te importa es demostrar a todo el mundo que no estamos en una situación miserable.

ELISA.— ¡Es que no estamos en una situación miserable!

RICARDO.— Lo estamos.

ELISA.— A veces pienso que eres muy bruto, Ricardo. No quieres comprender que yo soy la madre, el ama de casa, la que tiene la obligación de mantener la honorabilidad de la familia. Y desgraciadamente, la honorabilidad y el dinero van siempre de la mano. Si cuento esas historias es porque...

RICARDO.— ¡Porque te gusta!

ELISA.— Porque me da rabia que ellas tengan de todo y yo casi nada.

RICARDO.— ¡Pero esa fantasía tuya!

ELISA.— (*Con dureza.*) Es lo único que tengo, Ricardo. Déjame eso por lo menos.

RICARDO.— Si quieres vivir como los avestruces, con la cabeza debajo del ala... para no enterarte de la realidad...

ELISA.— Es que la realidad es tan fea.

RICARDO.— Tus hijos son de carne y hueso.

ELISA.— A ellos también los he soñado un poco. ¡Sobre todo a Manolo!

RICARDO.— Ahí se acabó el sueño.

ELISA.— El pobre no tiene la culpa de que todo le salga...

RICARDO.— ¿Acaso la tengo yo? ¡A su edad yo era interventor!

ELISA.— Ahora es todo distinto.

RICARDO.— Es distinto para nosotros que estamos en la cuesta abajo, pero ellos están empezando, podían ayudarnos en estos momentos... y lejos de eso todavía tienen que ser los padres los que les saquen las castañas del fuego.

ELISA.— ¡Qué egoísmo!

RICARDO.— No lo es. Simplemente me duele ver cómo todo se tuerce. Yo había imaginado que cuando me jubilaran...

ELISA.— ¿Ves como tú también imaginas...? Si es que cuesta tan poco...

RICARDO.— Eso es lo malo.

(GREGORIO aparece en la puerta del gabinete.)

GREGORIO.— Toma, papá. *(Le da una corbata.)* No sé si te gustará.

ELISA.— Es preciosa.

RICARDO.— Gracias.

GREGORIO.— La compré ayer en Bilbao. Si no te gusta puedo cambiarla cuando vuelva a la universidad.

(Hay un largo y embarazoso silencio. RICARDO ha quedado con la vista fija en la corbata.)

RICARDO.— Gregorio...

GREGORIO.— ¿Qué?

RICARDO.— Había pensado que sería mejor hablarte mañana, pero voy a hacerlo ahora.

GREGORIO.— Me alegro. Los misterios no me gustan.

RICARDO.— Sí, es mejor. ¡Estudias ya tercer curso!

GREGORIO.— Sí.

RICARDO.— ¿Y qué piensas hacer luego?

GREGORIO.— Lo que todo el mundo. Oposiciones.

RICARDO.— ¿Estás contento en Deusto?

GREGORIO.— Sí, se aprende bien.

RICARDO.— Ya.

(Pausa.)

GREGORIO.— Pero, ¿por qué me preguntas eso?

RICARDO.— Es necesario.

GREGORIO.— ¿Necesario para qué?

RICARDO.— (Para sí.) ¡Qué difícil es todo!

GREGORIO.— (A su madre.) ¿Qué pasa aquí? Nunca os había encontrado tan raros.

ELISA.— Son cosas de tu padre. Yo tampoco sé nada.

RICARDO.— Tu madre nunca sabe nada... o no quiere saberlo. Pero tú sí debes enterarte.

GREGORIO.— ¿De qué?

RICARDO.— De las novedades de esta casa. Sabes que me han jubilado hoy.

GREGORIO.— Sí.

RICARDO.— Todo está cada vez más difícil... Yo he perdido bastante dinero, entiéndeme, con la jubilación. (El chico asiente.) Fuiste a Deusto por gusto de tu madre. Cedí porque el fracaso de Manolo me había escarmentado y no quería que te pasara lo mismo. Decidí gastar lo que fuera preciso... (Pausa.) Te aseguro que esto no es fácil.

GREGORIO.— (Interesado.) No te entiendo bien.

RICARDO.— Deusto es muy caro. A partir de ahora no podré seguir pagándote el internado. No volverás allí. (Hay un largo silencio. GREGORIO, anonadado, mira a su padre con cara inexpresiva. RICARDO permanece un momento cabizbajo.) Lo siento, hijo.

GREGORIO.— (Después de una pausa.) El curso empezó hace dos meses. Podías haberte ahorrado los gastos...

RICARDO.— Creí que lo podría arreglar.

GREGORIO.— ¿Cómo?

RICARDO.— Hablando en la central para que me aplazaran la jubilación. Fui a Madrid, pero me dijeron que no se podía hacer nada. La ley es inflexible. (Largo silencio.) Trasladaré el expediente a Valladolid y estudiarás aquí en casa.

GREGORIO.— ¿Era eso?

RICARDO.— Te aseguro que para mí es muy duro. Sé que te gusta estudiar.

GREGORIO.— (*Inmóvil. Con la mirada fija en el suelo.*) A mí no me gusta estudiar. A nadie puede gustarle tenerse que meter en la cabeza una serie de cosas que muchas veces son inútiles. Lo que me gustaría sería llegar a ser algo, poder marcharme de aquí... vivir en Madrid o en cualquier sitio donde no tengamos que estar pendientes de los demás, vivir lejos de esta mentira. Y lo peor es que he estado tres años haciéndome ilusiones, viviendo también de mentira, pensando en algo que es imposible.

RICARDO.— Posible es. Yo te pagaré las matriculas y estudiarás libre.

GREGORIO.— La preparación, las clases son necesarias.

RICARDO.— Yo había pensado que te fueras a una pensión modesta a vivir, pero eso no va a poder ser.

GREGORIO.— ¡Bah! ¿Qué más da?

RICARDO.— El mes que viene en esta casa habrá otra familia. La de tu hermano. (*Ante la mirada de extrañeza de GREGORIO.*) No te extrañe. Le han suspendido de empleo y sueldo en la oficina.

GREGORIO.— ¿Por qué?

RICARDO.— Una falsificación.

ELISA.— Pero él es inocente.

GREGORIO.— Siempre mi hermano. Es como una sombra que me antecede en todo, como una mano que me fuera marcando con su fracaso el mío.

ELISA.— Él no tiene la culpa.

GREGORIO.— ¡Entonces la tengo yo!

RICARDO.— Nunca se sabe quién tiene la culpa.

GREGORIO.— Cada cual ha de responder de sí mismo.

RICARDO.— No vengas a darme lecciones de vida, Gregorio. Ya soy mayorcito. Y ya sabes que mañana tendrás que pasarte a la alcoba de Pablo como cuando eras más chico. Tu alcoba la ocuparán Manolo y su mujer.

GREGORIO.— ¿Qué he hecho yo por perder esta única oportunidad?

RICARDO.— ¿Qué hace nadie para fracasar?

GREGORIO.— ¡Cuando se tiene una familia como ésta...!

RICARDO.— ¡No quiero oírte más. Vete a tu cuarto! (*GREGORIO se levanta excitado y va a salir.*) Gregorio... (*GREGORIO desde la puerta, al oír que le llama su padre se vuelve. Con un hilo de voz.*) Lo siento, Gregorio, perdona.

(GREGORIO sale. Hay un prolongado silencio en la escena. Ni RICARDO ni ELISA hablan. ELISA ha vuelto a quedar absorta en la lectura de su libro que abrió al empezar a hablar padre e hijo.)

RICARDO.— ¿Dónde está Amalita?

ELISA.— Estará en el gabinete, como siempre, leyendo las cartas de aquel estúpido que la dejo plantada.

(En su voz se nota que la congoja la ahoga las palabras.)

RICARDO.— Vamos, no vas a llorar ahora. Hay que acostumbrarse, Elisa. A mí también me ha dolido tener que hablar así al chico.

ELISA.— *(Con un hilo de voz, ya sollozando abiertamente.)* Es que yo no puedo acostumbrarme.

RICARDO.— Ni nadie, pero hay que hacerse un nudo en el corazón y seguir adelante.

(Pausa.)

ELISA.— ¿Qué vamos a decir ahora a la gente, cuando vean que está aquí Gregorito?

RICARDO.— ¡Déjate ahora de la gente! *(Pausa.)* Me voy a la cama. ¿No te acuestas?

ELISA.— Más tarde, no tengo sueño aún.

RICARDO.— *(Desabrochándose el batín.)* Hasta luego.

ELISA.— ¡Oye! *(Él se vuelve.)* Podemos decir que ha tenido una enfermedad y que ha venido a reponerse.

RICARDO.— Bueno.

(Sale. ELISA saca de un bolsillo un rosario, se santigua y empieza a rezar. Muy despacio, mientras ella mueve los labios en su íntima actitud de rezo, cae el telón.)

SEGUNDA PARTE

CUADRO PRIMERO

La misma decoración. Ha pasado un mes. Son las primeras horas de la tarde.

(Al levantarse el telón, está en escena GREGORIO. Estudia, sentado en la camilla. Un silencio. Empieza a sonar el teléfono.)

AMALIA.— *(Dentro.)* ¡Ya voy yo! *(Sale, descuelga.)* ¿Dime?... Sí, Antonio, soy yo... Sí..., sí, sí... Entonces ¿nos veremos a última hora?... ¡Ah! ¿Tanto trabajo tienes?... Ya... No te preocupes por mí, casi es mejor, porque tenía que salir con mamá de compras y así aprovecharé esta tarde... Bueno. ¿A qué hora saldremos mañana?... ¿Tampoco?... Sí, ya nos veremos cualquier día que no tengas mucho que hacer.

(Queda un momento sin habla y luego cuelga muy despacio el auricular. Sin prisa, andando casi como una sonámbula, se dirige hacia el gabinete. Sale. Instantes después empieza a oírse el «nocturno» que interpretaba AMALIA al principio de la obra. GREGORIO levanta la cabeza del libro, visiblemente fastidiado.)

GREGORIO.— ¡Amalia! ¿No puedes tocar el piano a otras horas? *(Pausa. El piano deja de sonar. En la puerta del gabinete vuelve a aparecer AMALIA.)* ¿No ves que estoy estudiando?

AMALIA.— Sí.

GREGORIO.— Cuando me vaya a dar una vuelta puedes...

AMALIA.— Es igual. No te preocupes. Sigue estudiando.

GREGORIO.— ¿Qué te pasa, Amalia?

AMALIA.— Nada.

GREGORIO.— ¿Problemas sentimentales?

AMALIA.— No.

GREGORIO.— ¿Entonces...?

AMALIA.— Todo son problemas.

GREGORIO.— (*Señalando el teléfono.*) ¿Tu acompañante?

AMALIA.— Ya lo has oído.

GREGORIO.— ¿Qué te ha dicho?

AMALIA.— (*Con rabia.*) ¡Tengo una suerte...!

GREGORIO.— ¿Qué te ha dicho?

AMALIA.— (*Pensativa.*) ¿Se habrá enterado de lo de Manolo...?

GREGORIO.— ¡Y qué!

AMALIA.— Quiere dejarme.

GREGORIO.— ¿No te equivocas?

AMALIA.— No. Lleva unos días muy raro y hoy me ha puesto un pretexto estúpido para no salir.

GREGORIO.— ¿Y qué más te da? Si salías con él sólo por distraerte...

AMALIA.— Me había acostumbrado a él. Parecía buena persona. Había empezado a ilusionarme... Las mujeres sólo podemos ilusionarnos con el matrimonio... con una casa limpia, con un vestido blanco y una marcha al entrar en la iglesia... Y luego, un hijo pequeño y blanco como el algodón... Pero son tantos años viviendo con esa ilusión y sintiendo cómo se pasa el tiempo que ya me parece imposible...

GREGORIO.— Verás como te equivocas...

AMALIA.— No. Estoy bien segura. Alguien le habrá dicho a Antonio lo de Manolo y en su casa no le consentirán que tenga relaciones con una de semejante familia...

GREGORIO.— Pero eso sería absurdo. Si él te quiere...

AMALIA.— El qué dirán es más fuerte.

GREGORIO.— ¡Qué tontería!

AMALIA.— (*Pensativa.*) ¿Seré una solterona como la tía Matilde...? Aquí enseguida se hace una vieja, se hartan de ver tu cara y te ponen los años a

su gusto. Y cuando apenas tienes treinta años, ya eres una vieja para ellos... y también por dentro... Antonio era una solución. Es un representante pero gana dinero. Lo suficiente para que vivir con él no suponga tener que inventarse el dinero, como hace mamá. Ella, sin darse cuenta, nos domina y quiere que participemos en sus manías de grandeza.

GREGORIO.— Pobre mamá. Se cree que así conseguirá vernos felices.

AMALIA.— ¿Y qué es eso?

GREGORIO.— ¡Cualquiera sabe!

(Un silencio.)

AMALIA.— Anda, estudia.

(Hace ademán de salir.)

GREGORIO.— Amalia... No te apures. Verás como todo se arregla y él volverá a llamarte... Y lo de Manolo acabará bien... Hasta puede que yo consiga volver a la universidad...

AMALIA.— ¿Tú crees?

(GREGORIO mueve la cabeza en sentido negativo. AMALIA sale. GREGORIO, que durante esta escena se había levantado, vuelve a sentarse y reanuda el estudio. Pausa. Por el foro entra MANOLO vestido para estar en casa, con unos pantalones viejos y un jersey de lana. Trae una novela barata en la mano.)

MANOLO.— No se puede parar en mi cuarto. *(Se sienta a la mesa camilla. Su hermano no le hace caso. Ambos leen.)* ¿Tienes tabaco?

GREGORIO.— No.

MANOLO.— ¿Está papá en casa?

GREGORIO.— Sí, en el despacho.

(MANOLO se levanta y abre la puerta del despacho. Entra. Al cabo de un momento, vuelve a salir liando un cigarrillo. Vuelve a sentarse y cuando se disponía a leer se queda mirando un momento fijamente a su hermano.)

MANOLO.— Gregorio...

GREGORIO.— (*Sin levantar la cabeza.*) ¿Mmmm?

MANOLO.— Yo... quisiera hablar contigo. Desde que he venido a vivir aquí apenas hemos cambiado dos palabras. ¿Por qué no quieres que seamos como siempre?

GREGORIO.— Tú ya no lo eres.

MANOLO.— ¿Tú crees?

GREGORIO.— Sí.

MANOLO.— Es posible. Seguramente es la situación en que me encuentro. Pero eso no es obstáculo para que sigamos teniendo confianza, como antes, cuando charlábamos de nuestras cosas y a veces me pedías consejo...

GREGORIO.— Entonces tú eras un hombre y yo apenas un muchacho. Ahora ya no necesito consejos de...

MANOLO.— (*Soberbio.*) ¿De quién?

GREGORIO.— ¡Bah! No puedes entenderlo.

MANOLO.— ¡Claro que lo entiendo!

GREGORIO.— Hay cosas que no puedes comprender.

MANOLO.— ¿Cuáles?

GREGORIO.— Sería inútil explicártelo.

MANOLO.— ¿Que te he usurpado el cuarto? Si quieres puedes volver a él. (*Con una sonrisa que parece una mueca.*) Mi mujer no quiere vivir conmigo... Yo puedo dormir en cualquier parte, en el cuarto de Pablo...

GREGORIO.— Eso es lo de menos.

MANOLO.— ¿Entonces...?

GREGORIO.— Ya te lo he dicho. Sería inútil hablar.

MANOLO.— Vamos, Gregorio, lo necesito. Quisiera volver a sentirme como antes en casa. Pero nadie me habla. Mamá sólo. Me gustaría que fuera todo más sencillo. Como antes de casarme.

GREGORIO.— ¿Para qué? ¿Para volver a casa todos los días borracho después de haberte pegado con alguien? No me interesa nada tuyo. Entonces, para mí, todas las cosas que hacías eran cosas de hombres. Pensaba que cuando fuera mayor me gustaría ser como tú, sería más fuerte y bebería más que todos mis amigos. Ahora eso me apena. No me interesa nada tuyo, ni de nadie. Lo único que me importa es poder marcharme de esta casa. Lejos, cuanto más lejos, mejor. No volver a este pueblo misera-

ble... Poder respirar hondo sin que nadie se pregunte por qué lo hago. Tú has tenido la oportunidad de estudiar una carrera y no la has aprovechado. Por favor, no me hagas perder el tiempo.

MANOLO.— ¿Es por lo de la universidad?

GREGORIO.— Sí.

MANOLO.— Yo no tengo la culpa. Papá te llamo antes de saber lo mío.

GREGORIO.— ¡No! ¡Si nadie tiene la culpa! Por lo visto el culpable soy yo.

¿Me quieres decir qué he hecho yo para no poder seguir viviendo tranquilo? Me río yo de mis culpas. ¡Lo único que he hecho ha sido nacer!

MANOLO.— (*Con la mirada perdida.*) Quizá ése sea todo el mal.

GREGORIO.— Con eso está todo arreglado. No, Manolo. Hay que vivir. Pero para ti es más cómodo tumbarse a la bartola. Esa manera de ser es la que tiene la culpa de todo lo que nos pasa. Te gusta vivir como mamá, vivir bien o al menos soñándolo, pero, ¿qué has hecho por conseguir algo en la vida? ¡Nada! Absolutamente nada. No has hecho más que daño. Amalia está amargada, por tu culpa la ha dejado el novio... Se ha enterado de lo tuyo... Pablo me preguntaba la otra noche: «¿Por qué no me explicas qué ha hecho Manolo en el banco? Yo no lo entiendo. Él no puede haber hecho nada malo.» Y en el colegio todos los chicos se meten con él. El otro día se tuvo que pegar con uno... Padre está viejo... Qué alegría, no dejar en paz a nadie, ¿verdad?

MANOLO.— ¡Calla!

GREGORIO.— ¿No querías que hablara?

MANOLO.— ¡Estás diciendo tonterías!

GREGORIO.— Sabes que tengo razón.

MANOLO.— (*En voz muy baja.*) Es posible. (*Subiendo lentamente el tono.*)

Pero yo no tengo la culpa. Lo único que he buscado siempre ha sido mi bienestar y eso no es malo, lo busca todo el mundo.

GREGORIO.— ¡Egoísta!

MANOLO.— ¡Como tú!

GREGORIO.— ¿Por qué no te has ido a Madrid o al quinto infierno en lugar de venir a casa de tu padre a comerle lo poco que tiene? Porque es más cómodo. Trabajando duelen los riñones.

MANOLO.— (*Pegando un puñetazo en la mesa.*) O te callas o...

GREGORIO.— ¿O qué? (*Levantándose.*) No te tengo miedo. Ya no soy un crío.

Ahora también tengo dos puños. ¿No me has pedido que hablara? Ya

estoy hablando. Mamá nos había hecho verte como a un dios. Manolito por aquí, Manolito por allá... ¿Y qué has hecho? Estafarnos a todos y a ella, que había puesto todo su entusiasmo en ti, más...

MANOLO.— Ya está bien, Gregorio, por favor.

GREGORIO.— No. Aunque no te guste ahora me vas a oír hasta el final. Tu obligación era...

MANOLO.— *(Cogiéndole por las solapas.)* Ya está bien.

GREGORIO.— ¡Suéltame! *(Le pega un empujón.)* No te consiento que...

MANOLO.— Ni yo te consiento que me escupas a la cara esas palabras idiotas. No tienes derecho a hacerlo. No sabes las razones, no sabes nada de nada.

(Se abre la puerta del despacho y aparece RICARDO. Los dos hermanos al verle quedan en silencio. Se separan un poco. El padre da unos pasos hacia ellos.)

RICARDO.— ¡Muy bonito! Los dos hermanos mayores enzarzados en una pelea de canallas. *(Silencio.)* ¿Qué ha pasado?

MANOLO.— Nada.

GREGORIO.— Para éste nunca pasa nada.

RICARDO.— ¿Por qué no me dices a mí las cosas?

GREGORIO.— Él me ha pedido que hablara.

RICARDO.— ¿No te atreves a hablar cara a cara conmigo?

GREGORIO.— No conseguiría nada.

RICARDO.— Tú eres el único que no puedes callar.

GREGORIO.— Soy el único que no quiere callarse.

RICARDO.— Vete de aquí si no quieres que te cruce la cara.

MANOLO.— Si no tiene importancia. Seguramente tenía razón Gregorio en lo que me ha dicho. He venido a crearos otro problema... En realidad es natural que me hable así. Es mi propia mujer y ha preferido irse a vivir con sus padres en lugar de seguir conmigo...

RICARDO.— *(A GREGORIO que iba a salir.)* Hijo... ¿por qué no ayudas un poco para que esta casa no sea un infierno? La vida es muy dura, no vamos a hacérsela nosotros más difícil.

GREGORIO.— Es muy cómodo echar la culpa de todo a la vida.

RICARDO.— ¡Es tan injusta, Gregorio!

GREGORIO.— Sólo hay que luchar, pero vosotros no queréis.

RICARDO.— Luchar no sirve.

MANOLO.— ¡Tienes razón!

GREGORIO.— Sobre todo si se recurre al robo como arma...

MANOLO.— ¡Cállate!

RICARDO.— ¿Le estás acusando?

GREGORIO.— Estoy diciendo lo que pienso.

RICARDO.— No tienes pruebas.

GREGORIO.— No las he buscado.

MANOLO.— (*Haciendo ademán de irse.*) Me voy por no romperte las narices.

GREGORIO.— Eso habría que verlo.

(Se pone en actitud de desafío. Los dos hermanos se miran un momento; después dan un paso el uno hacia el otro.)

RICARDO.— ¡Ea! Vete a tu cuarto. (*MANOLO sale.*) Muy bonito, Gregorio.

(GREGORIO se ha sentado. RICARDO permanece de pie.) Te habrás quedado a gusto...

GREGORIO.— Hay mucha distancia entre nosotros, padre.

RICARDO.— ¿Crees que a nosotros no nos afectan las cosas que pasan, que nos da igual que hayan despedido a Manolo, que nos resulta divertido oír a tu madre que dice por ahí que este año vamos a coger el doble de aceite que el pasado, que nos gusta reír cuando tenemos ganas de llorar? No, hijo no. Nos pasa igual que a ti... (*Como un lamento.*) A veces nos molesta hasta respirar, pero no vamos a conseguir cambiar la situación chillando. Hay que callarse, resignarse... Cuando tenía tus años también me rebelaba contra ciertas cosas. Pero luego aprendí a hacerme un nudo en los nervios. Y tú aprenderás también. En estos sitios es peor hablar. La gente espera que hables para utilizar esas palabras en contra tuya...

GREGORIO.— ¡Es que ya es demasiado, papá!

RICARDO.— Se puede aguantar más.

GREGORIO.— ¡Por culpa de Manolo...!

RICARDO.— No vuelvas a este asunto.

(Pausa.)

GREGORIO.— Hoy he recibido una invitación de Samper, para pasar con él las Navidades en su finca de la costa brava. Era mi compañero de cuarto en Deusto. Nos hemos hecho buenos amigos. (*Aparece la madre con su cestillo de costura.*) Me dice que vendría a buscarme en su coche. Él sabe que no me sobra el dinero. Pero lo que no sabe es que no tengo más que una camisa, que mis mudas están remendadas... que no puedo ir allí porque no tengo ni cinco duros para comprar cigarrillos. Eso no importa ¿verdad? No importa saber que hay gente que vive bien y nosotros no podemos permitirnos ni el más pequeño lujo.

ELISA.— Eso no es verdad. Tú has veraneado, tú has estudiado...

GREGORIO.— Pero si he querido tener un poco de calor las noches de frío he tenido que echarme en la cama toda la ropa que he encontrado por ahí, porque una manta es poco.

RICARDO.— Soy un fracasado. Ya lo sé, pero no sigas, Gregorio. Cada vez que dices algo es para mortificarme. Yo sé muy bien todo lo que sucede en esta casa. No hace falta que nadie me lo diga. Lo tengo muy presente. ¡Qué más quisiera yo que haberos dado lo mejor del mundo!

ELISA.— ¡Si nos lo has dado!

RICARDO.— En esta casa hace un frío...

(*Se estremece.*)

ELISA.— ¿Te enciendo la salamandra?

RICARDO.— Gasta mucho carbón.

(*Hace ademán de entrar en el despacho.*)

ELISA.— Te vas a helar ahí dentro.

RICARDO.— No, no, no.

GREGORIO.— (*Levantándose.*) Papá, ¿por qué no te sientas aquí? Yo puedo estudiar en cualquier sitio.

RICARDO.— Hala, estudia, estudia.

GREGORIO.— Si no me molestas. Puedo estudiar...

(*Hace mutis por el despacho.*)

ELISA.— ¿Te molesto yo?

GREGORIO.— (*Volviendo a su libro.*) No.

ELISA.— Claro, total no voy a meter ruido. Sólo voy a repasar la ropa. Y cosiendo no te distraigo ¿verdad? (*GREGORIO sin levantar la cabeza del libro, niega. ELISA cose. Una pausa.*) Así me gusta, que trabajes para que el día de mañana seas un hombre de provecho. Oye, hijo, ¿los abogados pueden ser gobernadores? (*GREGORIO asiente.*) ¡Pues tú llegarás a ser gobernador! Entonces podrás ayudar mucho a tus hermanos. Sobre todo al pobre Manolo que tiene muy mala suerte... Tenemos que ayudarle todos. ¿Me prometes que lo harás?

(*GREGORIO coge el libro, se levanta y va a hacer mutis por el pasillo.*)

ELISA.— ¿Dónde vas?

GREGORIO.— A mi cuarto, a estudiar.

ELISA.— ¿Te molesto?

GREGORIO.— No.

ELISA.— Tu cuarto es muy frío.

GREGORIO.— No lo creas.

(*Va a salir.*)

ELISA.— ¿Me lo prometes?

GREGORIO.— ¿Qué?

ELISA.— ¡Ayudar a Manolo!

GREGORIO.— ¡Ya es mayor!

ELISA.— No seas injusto. Él no es malo.

GREGORIO.— Yo no he dicho eso.

ELISA.— Pero yo sé que lo piensas. Cuando estáis juntos le miras de mala forma. Eso no está bien. Debes pensar que es tu hermano. Unidos podéis llegar muy lejos. Si vieras qué pena me da haberos traído al mundo para esto.

GREGORIO.— Yo no pedí que me trajerais.

ELISA.— Nadie lo ha pedido. Pero a nadie le apetece marcharse. Seguro que a ti tampoco. Y es que vivir, a pesar de todo, es bonito.

GREGORIO.— ¡Sí, muy bonito! Sobre todo entre estas paredes.

ELISA.— ¿Qué tienen estas paredes?

GREGORIO.— ¡Porquería!

ELISA.— Vete, Gregorio, vete a estudiar.

(GREGORIO sale sin decir nada. ELISA queda en silencio. Cose. Suena el timbre de la puerta y sale ANDREA a abrir. Un momento después reaparece.)

ANDREA.— Señora, ¿está el señorito Manolo?

ELISA.— Creo que está en su cuarto. ¿Quién es?

ANDREA.— Unos señores que preguntan por él.

(ANDREA va hacia el cuarto de MANOLO, por el lado izquierdo del gabinete. ELISA se pone de pie y con cierto recelo da unos pasos hasta la puerta del gabinete. Se detiene. Por el foro, de izquierda a derecha, cruza MANOLO. ANDREA entra por el foro y hace mutis por el pasillo. ELISA va detrás de la puerta y escucha un momento. Luego va hacia el despacho y abre la puerta.)

ELISA.— Ricardo... Ven.

(Sale RICARDO.)

RICARDO.— ¿Qué pasa?

ELISA.— Hay dos hombres. Han venido a buscar a Manolo. ¿Qué querrán?

RICARDO.— No sé.

(ELISA vuelve a observar detrás de las cortinas. De pronto se retira como si temiera ser descubierta en actitud de escuchar. Por el foro, de derecha a izquierda, cruza MANOLO.)

ELISA.— Hijo... *(MANOLO se detiene y mira a su madre.)* ¿Quién es?

MANOLO.— Quieren que les acompañe.

ELISA.— ¿Dónde?

MANOLO.— Al juzgado o a la comisaría, no sé. Por lo visto quieren que haga unas declaraciones.

ELISA.— Pues que te hagan aquí las preguntas. *(Tomando una resolución.)*
Voy a salir a decir a esos señores...

RICARDO.— No vas a salir.

ELISA.— ¿A ver si se han creído que pueden disponer de mis hijos a su antojo?

RICARDO.— *(Tomándola por un brazo.)* Vamos, no seas niña. Siéntate. Y tú no les hagas esperar.

(Mutis de MANOLO. ELISA se ha sentado.)

AMALIA.— *(Con una media en la mano.)* Mamá, estas medias están muy pasadas.

ELISA.— ¡Pues tíralas!

(AMALIA se sorprende ante la brusca contestación de su madre. RICARDO le hace un gesto.)

AMALIA.— ¿Qué pasa?

RICARDO.— Han venido a buscar a Manolo.

AMALIA.— ¿La policía? *(RICARDO asiente. ELISA ha quedado derrumbada sobre una silla, con la vista perdida.)* No te apures, mamá. Ya verás como todo se arregla.

ELISA.— Aunque todo se arregle, todo el mundo le mirará como si fuera un canalla, un ladrón... *(En la puerta del gabinete ha aparecido MANOLO que se ha puesto un abrigo y lleva en la mano una cartera, ELISA le ve.)*
¿Te vas?

MANOLO.— Sí.

ELISA.— *(Por la cartera.)* ¿Qué llevas ahí?

MANOLO.— Unas cosas.

ELISA.— ¿Para qué?

MANOLO.— Me han dicho que tendré que estar allí algunos días. *(Mirando a todos.)* Os dejaré tranquilos una temporada...

ELISA.— ¿Pero me quieres decir dónde vas?

RICARDO.— Son policías, Elisa.

ELISA.— Eso es imposible. ¿Cómo va a ir preso un hijo mío...?

MANOLO.— *(Con voz ronca.)* Es el fin de los ladrones, mamá.

ELISA.— *(Poniéndose lentamente de pie.)* ¡Vamos! *(Nadie se ha movido más que ella que da dos pasos hacia el gabinete.)* ¡Me van a oír! ¡A ver si se creen que pueden disponer de la gente a su antojo!

RICARDO.— Tú no te mueves de aquí.

MANOLO.— *(Besando a su madre.)* Adiós. *(Luego besa a su hermana.)* Y no os preocupéis. Ya no seré problema para vosotros. No hagáis caso a lo que diga la gente de mí. La gente no importa.

(Va a hacer mutis.)

ELISA.— Cuídate, Manolito.

RICARDO.— Adiós.

AMALIA.— Adiós.

(Sale MANOLO. Un silencio.)

ELISA.— No podemos consentir esto. Hay que hacer algo, Ricardo. *(RICARDO calla. ELISA va hacia él.)* ¡Vamos, haz algo, lo que sea, pero pronto, hazlo!

RICARDO.— *(Moviendo la cabeza.)* Ahora hay que esperar...

ELISA.— *(Preguntando a su marido angustiada.)* ¿Le habrán puesto unas esposas? *(RICARDO se encoge de hombros en un gesto de ignorancia.)* ¿Le llevarán así por la calle? Le verá todo el mundo. Le mirarán, se reirán de él... ¡Se reirán de él!

RICARDO.— ¡Qué más da!

ELISA.— Sí, no es igual, Ricardo. Toda la vida la he pasado preocupada porque no dijera nadie nada de nosotros, porque no tuvieran un motivo para reírse de nosotros... Y ahora le verán por la calle como si fuera un criminal... Pero él no ha hecho nada... Es una pobre criatura... No ha podido adaptarse a todo esto... Los culpables somos nosotros. ¿Para qué traemos hijos si sabemos que van a ser igual de desgraciados que nosotros? *(Va bajando lentamente la voz, como para sí.)* Los traemos porque es bonito, es lo único verdaderamente bonito que hay en el mundo... Cuando le daba de mamar, pensaba que iba a conquistar todo lo

conquistable... Y ahora se lo han llevado, así, por las buenas, sin preguntarle si era feliz o desgraciado; se lo han llevado como los laceros se llevan a los perros, porque molestan... ¿Te acuerdas cuando le compramos el primer traje de marinero?

RICARDO.— Cállate de una vez. De eso hace mucho tiempo. Ahora no es el momento de recordar, sino de aguantarse con lo que pase. Déjate de soñar de una vez.

ELISA.— ¡Eres vulgar!

RICARDO.— Como la vida.

ELISA.— *(Sin hacerle ningún caso.)* Como la vida, no. Porque la vida tiene que ser bonita. Cuando vuelva Manolo a casa, nos marcharemos a pasar unos días a Madrid. Iremos al cine y al teatro, pasearemos por las mañanas por el Retiro y por las tardes por la Gran Vía llena de cines, de coches, de anuncios luminosos, de gente que se ríe... que está alegre, que por lo visto no tiene preocupaciones...

(Estas últimas palabras las ha dicho sumida en un amargo llanto. Suena el timbre. AMALIA va a abrir.)

RICARDO.— No pasará nada, no te preocupes, Elisa. Hablaré con mi amigo Alfredo y se encargará de la defensa. En Madrid dicen que es uno de los mejores criminalistas.

ELISA.— ¡Criminalista!

RICARDO.— Sí. Le defenderá bien.

(Entran PABLO y AMALIA.)

ELISA.— Le defenderá... ¿De quién le defenderá? ¿De la justicia? Lo que hacen falta son defensores que puedan defendernos de la vida, enseñarnos cómo puede escapar uno de la murmuración... Ya te lo decía, Ricardo, mientras sean pequeños no hay que apurarse. Lo malo será cuando tengan que luchar en la vida, que les triturarán y les desharán poco a poco hasta dejarnos sin ellos. Pero ya he tenido un escarmiento y con vosotros no me pasará igual. Huiremos de la gente, nos iremos a vivir a la finca de Extremadura.

PABLO.— ¿De qué finca hablas, mamá?

RICARDO.— De ninguna, tu madre desvaría.

ELISA.— ¡Claro que la tenemos!

RICARDO.— Cálmate, mujer.

PABLO.— ¿Es de verdad?

RICARDO.— La tiene tu madre en la cabeza, como tiene el horrible fantasma del qué dirán, como tiene la hermosa idea de que la única gente buena es la de su familia. Pero ya es hora de que sepa que entre los suyos también puede haber ladrones y sinvergüenzas. Y que no sirve meter la cabeza debajo del ala, porque las cosas suceden siempre aún a pesar nuestro. Que no se te olvide el ejemplo, Pablo. A tu hermano se lo han llevado hoy dos policías. Seguramente esposado por la calle.

(ELISA sale después de mirar con desprecio a su marido.)

PABLO.— (*Consternado.*) Manolo no puede ser un ladrón. Tiene razón mamá.

RICARDO.— Todos podemos serlo.

PABLO.— Pero Manolo...

RICARDO.— Anda a hacer tus deberes de mañana.

PABLO.— Prefiero no ir mañana al colegio.

RICARDO.— ¿Por qué?

PABLO.— Se habrán enterado mis compañeros...

RICARDO.— Mañana irás. Y si te dicen algo no les escuches. Peor para ellos si les interesan más los asuntos de tu casa que los de la suya. (PABLO le mira y sale. Acercándose a su hija, en actitud falsamente enérgica.) Y a usted, señorita, ¿qué le pasa? ¿Qué tripa se le ha roto?

AMALIA.— (*Que permanece sentada en silencio. Con un hilo de voz.*) Esto es horrible, papá.

RICARDO.— (*Moralmente deshecho.*) Sí, es horrible, pero no podemos hacer nada.

AMALIA.— ¿Nada?

RICARDO.— Somos una porquería...

AMALIA.— Hay que hacer algo.

RICARDO.— ¿Qué?

AMALIA.— No lo sé, lo que sea.

RICARDO.— No hay nada.

AMALIA.— ¿Sólo resignarse?

RICARDO.— Sí.

AMALIA.— ¿Encerrarse aquí para siempre?

RICARDO.— Nosotros sí. Pero tú no. Te irás, te casarás, tendrás hijos y les enseñarás que la vida no es una fantasía que se vive por dentro sino una realidad que nos aprieta por fuera...

AMALIA.— Para mí eso ya no es posible.

RICARDO.— ¿Y ese chico...?

AMALIA.— No quiere nada con una familia como ésta.

RICARDO.— ¿Te lo ha dicho así?

AMALIA.— Me ha puesto una excusa.

RICARDO.— ¡Bah! No te apures. Tú vales mucho, hija, te mereces un hombre mejor. Y lo tendrás.

AMALIA.— Ya no. *(Al ver que su padre se estremece de frío.)* ¿Tienes frío?

RICARDO.— Sí, hija. ¿Y tú?

AMALIA.— Un poco.

RICARDO.— Creí que era yo solo. Ya estoy viejo, ¿sabes? *(Un silencio.)* Me gusta esa canción que tocas últimamente al piano.

AMALIA.— ¿El nocturno?

RICARDO.— Sí, creo que sí.

(AMALIA sale por la puerta del gabinete. Un momento después empieza a oírse la melodía. Muy suavemente, pero como si se hubiera volcado todo el sentimiento de la intérprete sobre el teclado. RICARDO se levanta despacio y toma la guía de teléfonos. Busca un número. Cuando va a dirigirse al teléfono aparece por la puerta del pasillo GREGORIO y RICARDO desiste de su intento, como si temiera ser sorprendido.)

GREGORIO.— ¿Es verdad, papá?

(El padre asiente. GREGORIO entra un momento y vuelve a salir poniéndose un abrigo.)

RICARDO.— ¿Dónde vas?

GREGORIO.— A verle.

RICARDO.— No te dejarán.

GREGORIO.— Un momento sí me dejarán. El comisario es tu amigo Ortega.

RICARDO.— ¿Y para qué vas a ir?

GREGORIO.— Quiero hablar con él un momento. He dicho muchas cosas que no debía.

RICARDO.— Has estado duro, pero es posible que tuvieras razón, que él sea culpable.

GREGORIO.— Y aunque lo sea, yo no debía haber dicho tantas tonterías. Seguramente él tampoco tiene la culpa de que su vida sea un desastre. (*Abrochándose el abrigo.*) Hasta luego.

RICARDO.— Oye...

(*Mira el teléfono y luego a su hijo.*)

GREGORIO.— ¿Qué?

RICARDO.— No, nada, nada...

(*GREGORIO sale. RICARDO espera un momento y luego marca un número en el teléfono.*)

RICARDO.— ¿Jefatura de policía?... El comisario Ortega, por favor... De parte de Iglesias... (*Espera un momento.*) ¿Ortega?... ¿Han llevado ahí a mi hijo?... Ya. Y mañana al juzgado, sí, sí. Quería decirle que... que el chico no está acostumbrado a estas cosas... Le agradeceré que el tiempo que esté ahí le lleven la comida de algún restaurante. Sí, y algo de ropa. Yo pasaré luego por el café a dejarle dinero. Gracias. ¡Ah! Ahora irá mi hijo Gregorio, quiere ver a su hermano. No le diga nada de que he llamado. Y procure no hablar con nadie de esto. Ya sabe como es la gente... Sí, lo veré dentro de veinte minutos en el café. Adiós. (*Cuelga y entra en el despacho. Un momento después vuelve a salir poniéndose el abrigo. En este momento aparece ELISA. Su aspecto es ahora el de una mujer derrotada. Aunque han pasado apenas unos minutos desde la escena anterior, se diría que por ella habían pasado años.*) ¿Dónde vas?

ELISA.— No sé, por ahí.

RICARDO.— ¿Con este frío vas a salir?

ELISA.— No quiero ver a nadie.

RICARDO.— Te encontrarás con gente...

ELISA.— Iré mirando al suelo para no saludarles...

RICARDO.— Como quieras.

ELISA.— Tal vez me acerque a rezar el rosario...

RICARDO.— Te acompañaré hasta la catedral.

ELISA.— *(Fijándose en que estaba con el abrigo puesto.)* ¿Y tú dónde ibas?

RICARDO.— A ver a un señor.

ELISA.— ¿Para qué?

RICARDO.— Un asunto del banco...

(Salen por el foro. Apenas han cerrado la puerta de la calle AMALIA deja de tocar el piano y aparece por el gabinete. Mira hacia el pasillo como temiendo que alguien vaya a verla y marca un número en el teléfono. Espera un momento.)

AMALIA.— ¿Antonio?... Soy yo, Amalia... Quiero que me escuches... Sí, sí tenemos que hablar... Debes comprender, Antonio... Yo no... Óyeme, Antonio... Perdona... Pero Antonio... Antonio, Antonio...

(Despega el auricular de su oreja, lo mira largamente y luego muy despacio vuelve a colocarlo en el aparato telefónico. El telón durante estas últimas frases suyas había bajado muy lentamente hasta la mitad, al colgar ella cae vertiginosamente el resto del telón.)

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración. Es por la mañana, el día que se está celebrando la vista del proceso contra MANOLO.

(Es una alegre mañana de primavera. Un sol tibio entra por el balcón abierto. ELISA, sentada en su sitio de costumbre, está inmóvil, con la mirada perdida y las manos caídas pesadamente sobre el regazo. Hay en breve silencio. Enseguida se oye la voz de la criada.)

ANDREA.— Pase, señorita Matilde, está en el cuarto de estar.

(Un momento después entra MATILDE. La criada pasa de derecha a izquierda, por el foro, con una escoba.)

MATILDE.— *(Entrando.)* Buenos días, hija.

ELISA.— Pasa.

MATILDE.— Pensé que debía venir a hacerte compañía.

ELISA.— Gracias.

MATILDE.— *(Sentándose.)* ¿A qué hora estaba señalada la vista?

ELISA.— Empezó hace media hora.

MATILDE.— ¿Sabéis ya algo?

ELISA.— Lo que tú. Que están juzgando a mi hijo.

MATILDE.— ¡Pobrecillo!

ELISA.— *(Soberbia.)* No hay por qué compadecerle.

MATILDE.— Tienes razón. El peor trago es para vosotros.

ELISA.— Tampoco hay que compadecernos a nosotros.

MATILDE.— Claro, en realidad nadie tiene la culpa de lo que ha hecho.

ELISA.— Él no ha hecho nada.

MATILDE.— *(Asustada seguramente del tono que ha empleado su prima.)* Sí, sí, claro.

(Un silencio.)

ELISA.— ¿Qué dicen por ahí?

MATILDE.— ¿Quién?

ELISA.— La gente.

MATILDE.— Nada.

ELISA.— *(Suplicante.)* Dime qué habla la gente.

MATILDE.— Dicen... que así terminan todos.

ELISA.— *(Para sí.)* ¡Puercos! *(A su prima.)* ¿A qué todos se refieren?

MATILDE.— Todos los que andan malos pasos.

ELISA.— *(Con amarga sonrisa.)* Los malos pasos... ¡Ellos ya le han juzgado! Más de un año lleva en la cárcel sin que se hayan preocupado de saber si era cierta o no la acusación. Le han acusado y ya está. ¡Qué gente!

(Un silencio.)

MATILDE.— ¿Y Ricardo?

ELISA.— En el despacho.

MATILDE.— ¿Muy preocupado?

ELISA.— *(Fastidiada.)* ¡Pregúntaselo a él!

MATILDE.— Hija...

ELISA.— Estoy harta de tu abnegación, Matilde. Porque además ahora sé el origen de esa abnegación.

MATILDE.— ¿Qué quieres decir?

ELISA.— Lo sabes muy bien.

MATILDE.— ¿Qué pensarás?

ELISA.— No, no estoy pensando otra fantasía, es una realidad. Me gustaría saber qué pensabas tú cuando me casé con él, cuando me quedé embarazada de Ricardo... Manolo te preocupa porque es ese hijo que hubieras querido tener tú, con mi marido...

MATILDE.— ¡Desvarías, Elisa!

ELISA.— No. Lo sé hace tiempo, pero hoy necesito soltar todo lo que llevo dentro.

MATILDE.— Te equivocas. Todos sois iguales para mí.

ELISA.— ¡No digas tonterías!

(RICARDO aparece con un papel en la mano. Viene del despacho.)

RICARDO.— ¡Ah! Creí que había sonado el teléfono.

MATILDE.— ¿Cómo estás, Ricardo?

ELISA.— *(Rápidamente.)* Muy bien, ¿no le ves?

RICARDO.— Sí, en lo que cabe, estoy bien.

(Un silencio.)

MATILDE.— *(Con aire de plañidera.)* ¡Qué desgracia!

ELISA.— Si Matilde se hubiera casado contigo en mi lugar, a estas horas no te habría ocurrido tanta desgracia. ¿No era eso lo que querías decirle?

RICARDO.— *(Sorprendido.)* ¡Elisa!

MATILDE.— No sé qué le pasa hoy.

ELISA.— ¡Que me molesta oírte siempre hablar en ese tono de conmisericordia! Ya estoy harta de lamentos. No hay por qué lamentarse. De lo único que puedes lamentarte tú es de no haber conseguido casarte con él.

(*Señala a RICARDO.*)

RICARDO.— ¡Por Dios, mujer!

ELISA.— ¡Pero si es verdad! ¿No viste siempre cómo te miraba? ¿No recuerdas con qué ternura te besó el día que te impusieron la medalla? ¿No la oyes siempre lamentarse de lo mal que van las cosas aquí por culpa mía? Cree que si estuviera en mi lugar esta casa marcharía mejor. Pero se equivoca. (*Dirigiéndose a ella.*) Porque a ti te pasa lo que a esa gente, que tu vida es ridícula y tienes que vivir la de los demás y traer y llevar chismes. Yo al fin y al cabo he procurado que mi marido y mis hijos vivieran felices entre estas cuatro paredes... También con ellos he jugado a princesas, como cuando era chica. Esta casa sería un desastre, si tú...

MATILDE.— (*Con ironía.*) ¿Más? ¿Acaso no le has hecho tú daño con tus invenciones?

ELISA.— No sé, pero al menos hemos tenido momentos verdaderamente felices. Y todo gracias a mis historias, historias que me inventaba para alegrarles a ellos, pero yo sabía muy bien lo que pasaba aquí... Lo malo es que ya soy vieja y la fantasía empieza a fallarme...

RICARDO.— ¡Elisa!

MATILDE.— Déjala que se desahogue... A mí me da igual. Tú crees que soy mala porque tuve la desgracia de querer también a tu marido. Eso son cosas que pasan. Pero si hubiera sido mala me hubiera dedicado a decir por ahí que tus fincas eran una pura invención, que tu marido sólo tenía su sueldo. Sé tan bien como tú que él no es rico. Pero siempre es tiempo para enmendar. Te aseguro que a partir de ahora no pienso seguir callando. Y cuando me pregunten diré que no tienes más que lo que él trae a casa... ¡Te juro que se enterará toda la ciudad!

RICARDO.— ¡Matilde, haz el favor de marcharte!

MATILDE.— ¡Verás qué cara pondrán cuando las diga que el único aceite que tienes es el de la tienda y no el de tus olivares! (*Un silencio. Mirando a RICARDO.*) ¡Perdóname!

ELISA.— Siempre me has tenido envidia.

MATILDE.— ¿Envidia yo a ti...?

(Ríe. Sale riendo. Queda solo el matrimonio.)

ELISA.— ¡Matilde, por favor!

(Se ha levantado y ha ido tras ella. La otra, sin duda, no ha querido escucharla.)

RICARDO.— No hagas mas tonterías, Elisa. Siéntate.

ELISA.— Pero si habla...

RICARDO.— ¡Que hable!

(Dando un fuerte grito.)

ELISA.— ¿Te imaginas lo que diría la gente si se enterasen de que todo era una mentira...?

RICARDO.— Sí.

ELISA.— Sería horrible.

RICARDO.— ¿Para qué mentiste?

(Un largo silencio.)

ELISA.— ¿Qué piensas?

RICARDO.— Nada.

ELISA.— No es verdad. Estás pensando que si te hubieras casado con ella...

(Silencio.)

RICARDO.— Tal vez mis hijos hubieran sido de otra manera.

ELISA.— ¡Ricardo!

RICARDO.— Perdóname. No sé lo que digo. No, no me hagas caso. Las cosas no se pueden deshacer... La vida es única... y siempre hay algo que sale mal.

(Largo silencio.)

ELISA.— *(Por el papel que tiene en la mano RICARDO.)* ¿Qué es eso?

RICARDO.— La carta de que te hablé... para mi primo.

ELISA.— ¿Qué le dices?

RICARDO.— *(Alargándosela.)* Léela.

ELISA.— Léemela tú.

RICARDO.— Al principio le hablo de las cosas que han ocurrido aquí y después... *(Leyendo.)* «Tanto si le condenan como si le absuelven, a los otros chicos les va a resultar muy duro seguir viviendo aquí. Como sé que tú estás muy bien relacionado, me permito rogarte que hagas todo lo posible por encontrar un empleo para Amalita y otro para Gregorio. Él puede trabajar de escribiente en alguna oficina, ya sabes que lleva tercero de derecho. Amalita podría hacer cualquier cosa siempre que sea digna. Yo he visto en los comercios de Madrid señoritas muy finas de cajeras. Una cosa así. Lo necesitan, te lo aseguro...» *(Con la vista nublada.)* Luego, la despedida.

ELISA.— ¡No debes mandar esa carta!

RICARDO.— ¿Quieres tenerles aquí, hacerles unos pobres desgraciados? ¿No te basta conmigo, con Manolo...?

ELISA.— Tienes razón. Debes mandarla.

(Un silencio. RICARDO queda mirando por el balcón.)

RICARDO.— ¿Qué hora es?

ELISA.— *(Mirando el reloj parado.)* La hora de siempre. Las dos y veinticinco.

RICARDO.— Ese maldito reloj, parado siempre...

ELISA.— Me cobran treinta duros por arreglarlo... ¿Para qué iba a gastar tanto dinero? ¡Las dos y veinticinco...! ¡Es una hora muy bonita! La hora de la sobremesa al mediodía, cuando las familias, reunidas, hablan, discuten, proyectan... La hora de los sueños, por la noche...

(Breve silencio.)

RICARDO.— Hace un día hermoso...

(Queda mirando el balcón.)

ELISA.— ¡Qué largos son los juicios!

RICARDO.— Ya tardan.

ELISA.— No importa. Cuando va a suceder algo muy importante, hay que esperar mucho...

(Por la puerta del pasillo aparece AMALIA. Va vestida de casa y lleva un delantal puesto.)

AMALIA.— Tengo que limpiar aquí.

ELISA.— Déjate ahora de limpiezas.

AMALIA.— ¡Es que si viene alguien!

ELISA.— Por si viene alguien lo que debes hacer es arreglarte un poco. ¡Que te vean guapa!

AMALIA.— *(Se encoge de hombros con un movimiento muy significativo que podría traducirse por un «para qué».)* Limpiaré el gabinete.

(Sale.)

ELISA.— No se parece a mí. ¡Es poco enérgica!

(RICARDO la mira con cierto fastidio. Suena el timbre.)

ELISA.— *(Poniéndose en pie.)* ¿Serán ellos?

RICARDO.— No les he visto entrar...

(AMALIA ha ido a abrir. Entra Pablito con una carta en la mano.)

PABLO.— Hola.

(Se sienta y lee.)

ELISA.— ¿Has visto a Gregorio? *(PABLO niega sin dejar de leer.)* ¿No has ido a la audiencia?

(PABLO vuelve a negar.)

PABLO.— *(A su padre que le está mirando.)* Es de Juancho.

(Por la carta.)

RICARDO.— ¿Qué te dice?

PABLO.— Nada, que en cuanto me haga ingeniero podré irme allí a trabajar...

Que ganaré mucho.

ELISA.— Pues ya sabes, aplícate.

RICARDO.— Acaba de entrar Gregorio en el portal.

ELISA.— ¿Solo?

RICARDO.— No me he fijado.

(ELISA se pone de pie, duda un momento y, por fin, sale rápidamente por el gabinete. AMALIA, que estaba arreglando aquella habitación, al verla salir, desde el dintel, se la queda mirando. Hay un largo silencio.)

AMALIA.— *(Sin moverse desde el dintel a su padre.)* ¿Viene Manolo?

RICARDO.— No sé, sólo he visto a Gregorio. Pero lo más probable es que no venga... Aunque le hayan absuelto aquí habrá que esperar a que se cumplan ciertas formalidades.

(Brevisimo silencio. AMALIA se hace a un lado y entra GREGORIO. Tras él su madre. Luego, con mucha lentitud, entraba AMALIA.)

ELISA.— Cuenta, hijo. ¿Qué... qué... ha pasado?

(Hay un largo silencio.)

RICARDO.— ¿Terminó la vista?

GREGORIO.— Sí, papá.

ELISA.— ¿Y Manolo?...

RICARDO.— ¿Se sabe el fallo?

GREGORIO.— No.

ELISA.— Pero tú...

GREGORIO.— *(A su padre.)* Quisiera hablar contigo, papá.

ELISA.— *(Cogiendo a GREGORIO.)* ¿Qué ha pasado con Manolo...?

RICARDO.— Di lo que sea.

GREGORIO.— Si él no hubiera hablado, podíamos haber conseguido que saliera absuelto.

ELISA.— ¿Cómo?

RICARDO.— ¡Si él no hubiera hablado...!

GREGORIO.— Eso es. No había pruebas. Tu amigo Alfredo había hecho una defensa muy brillante. Me pareció que el juez estaba muy bien dispuesto. La vista estaba prácticamente concluida cuando el presidente preguntó a Manolo si tenía algo que añadir... *(En este momento la luz de la escena va descendiendo hasta que el escenario quede completamente a oscuras, momento que coincidirá con las últimas palabras de GREGORIO.)* Manolo, entonces, se ha levantado sin prisas y con voz grave ha empezado a hablar. Primero muy tranquilo. Al final, mas excitado. Os aseguro que se ha condenado él.

RICARDO.— ¿Qué tontería estas diciendo?

GREGORIO.— Ninguna. Verás: ha dicho algo así...

(Un foco central ilumina la figura rígida de MANOLO que de pie en el centro del escenario y con un banco detrás, comienza a hablar. Está muy pálido, parece un enfermo, y viste la misma ropa que llevaba puesta en el momento de ser detenido. De frente al espectador.)

MANOLO.— Sí, señor juez, tengo que añadir algo. Algo de lo que no se ha hablado durante el proceso y que sin embargo tiene una gran importancia a la hora de decidir mi suerte. Antes, quiero dar las gracias a mi abogado, por su informe, y por haber creído en mi inocencia en todo momento. Su informe bastaría para obtener mi absolución. Pero ese fallo favorable, ya no podemos esperarlo, porque yo soy culpable y como culpable tengo que cumplir la condena. Sí, señor, yo falsifiqué ese cheque que ha estado danzando aquí toda la mañana. Yo lo falsifiqué con una pluma Parker, como ha dicho muy bien el señor fiscal, pero el señor fiscal se ha equivocado, porque la pluma con que hice la firma no era la mía, sino otra de la misma marca. Son inconvenientes de la fabricación

en serie, señor fiscal... (*Breve pausa.*) Antes de marcharme de aquí y dejar mi sitio a otro acusado, quiero decirles que me declaro culpable porque prefiero vivir dentro de una cárcel todo el tiempo que me quede de vida, a estar ahí fuera, codeándome constantemente con personas que viven holgadamente, viven risueñas y se permiten el lujo de juzgar a los demás. Personas que tienen la culpa de que yo esté aquí. Sí, es cierto que cometí esa estafa... pero, ¿se han preguntado ustedes por qué he robado? ¿Por qué robaba a mi madre un duro cuando era un muchacho? Se lo robaba porque mis amigos siempre tenían ese duro que a mí me faltaba y a mí me daba vergüenza ir con ellos y no poder contribuir con algunas monedas a las mil tonterías que hacíamos. A ellos se las daban sus padres... a mí no... Mi padre no había sido nunca rico pero teníamos que aparentar que nos sobraba el dinero para que no nos diera de lado esa sociedad pueblerina, sucia, hipócrita y deslenguada... Yo quería también aparentar, sin darme cuenta que me estaba metiendo en ese odioso juego. Todo lo que había a mi alrededor me fastidiaba, me daba asco, pero había que seguir viviendo y aparentando. Si me he emborrachado alguna vez –alguien lo ha declarado aquí hoy– ha sido porque de vez en cuando me gustaba escapar a tanta miseria, olvidarla. Señor juez, he vivido unos años de angustia, porque con mi escaso sueldo tuve necesidad de casarme para demostrarme que podía ser otro hombre más, y he mantenido a mi mujer a duras penas y desde hace poco a un hijo que ella me ha dado. Ella iba a casa de sus amigas y se encaprichaba de lo que tenían. Le apetecía tener un aparato de radio, una nevera donde meter la comida en verano y a veces simplemente las ilusiones... una plancha eléctrica... Un colchón de lana en lugar de aquel de borra en el que engendramos a nuestro hijo... Me hablaba de las casas de sus amigas... Me ponía la cabeza al rojo. «¿En qué trabajarán sus maridos para ganar tanto?» me preguntaba. Pero no encontraba la respuesta. Pero yo le decía, ¡lo tendrás, lo tendrás, lo tendrás! Y una desesperación al contemplar mi impotencia se apoderaba de mí. Y la única respuesta muda me la daba mi propia casa, pequeña y miserable. Unas paredes peladas, sin cuadros, sin espejos, sin libros, sin nada... Unos muebles rotos antes de acabar los plazos... los suelos helados en invierno y ardiendo en verano... Mi mujer insistiendo, insistiendo... Y lo hice... Y ella fue la que primero me dejó. Luego en mi casa todos me miraban

como si con su silencio quisieran reprocharme mi existencia... Parecía que de los ojos de mi propia familia salían constantemente las mismas palabras... ¡Ladrón, ladrón... no vuelvas a casa...! Y en realidad no quiero volver a esa ni a ninguna. Quiero vivir lejos de tanto embuste y tantas letras de cambio... El papel de las letras es áspero y desagradable... mientras que el del dinero es suave y aterciopelado... Por mis manos habían pasado millones, señor juez... Y yo estaba hambriento. Deseaba vivir de mentira, pero así es mejor. Por primera vez en mi vida me apetece vivir la realidad simple y compartirla con unos delincuentes que sólo Dios sabe qué delito habrán cometido... El mío ha sido muy pequeño, simplemente querer vivir de mentira... Pero he despertado y ahora todo eso me da unas ganas locas de reír... y por nada del mundo volvería ahí fuera...

(Ríe estrepitosamente. La luz se apaga y durante un momento la escena vuelve a la oscuridad que precedió a ese monólogo. La risa se sigue oyendo aún como un eco obsesionante. Por fin la luz vuelve a la escena y todos están como quedaron en el momento de empezar MANOLO a hablar. Hay un largo silencio. Nadie habla. Parece que todos tuvieran miedo a despegar los labios. Suena el teléfono. AMALIA lo coge.)

AMALIA.— ¿Diga?... No, soy su hija... Ah, sí, un momento. Mamá... es para ti. La mujer del recaudador.

ELISA.— ¡Qué malas son! *(Coge el teléfono que le da su hija. AMALIA hace mutis por el gabinete, visiblemente disgustada. Los demás permanecen inmóviles.)* ¿Dígame?... Sí, hija, hoy era... No, aún no sabemos nada... ¡ah, culpable...! ¡Pobrecito mío! Seguro que lo ha dicho porque no puede vivir en su casa. Su mujer es muy mala, le hacía la vida imposible... Y por no volver allí... ¡Bah! No hagas caso. Él siempre ha sido el que se ha echado la culpa de todo en casa, pero seguro que es inocente... No, no estoy llorando, es que tengo un catarro muy fuerte y apenas puedo hablar... *(La congoja, en efecto, le impide hablar con claridad. En el gabinete empieza a oírse el «nocturno», en su parte más lenta.)* Mira, si no te importa, llámame otro día. Ahora estaba con el administrador de

mi marido que ha venido a rendirnos cuentas y tiene que volverse a Madrid enseguida... Más tarde, sí. Es que además estoy muy atareada, porque Amalia y Gregorio se van a ir a Madrid, sí, les hemos alquilado un piso y ahora estoy disponiendo todas sus cosas... Ellos tienen que vivir, y así Gregorio acabará su carrera... Adiós.

(Cuelga. Rompe a llorar desesperadamente y con pasos menudos va a sentarse junto a su marido. Todos la miran. RICARDO mueve la cabeza y PABLO vuelve a sacar su carta del bolsillo y empieza a releerla. La música del piano ha subido a un tono más brillante y rápidamente cae el telón.)